



No
améis
al mundo

T. S. Nee

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

•< Juan 2:15

INTRODUCCIÓN

Habiendo estado esclavizados al pecado, aceptamos con naturalidad que las cosas pecaminosas son satánicas; pero ¿creemos también que las cosas del mundo son satánicas? Muchos de nosotros, creo, dudamos aún de esto. Sin embargo con cuánta claridad nos afirma la Escritura que "el mundo entero está bajo el maligno" (1 Jn. 5:19). Satanás bien sabe que, hablando en términos generales, es vano e inútil procurar enlazar a los verdaderos creyentes por medio de cosas que son positivamente pecaminosas. Se darán cuenta del peligro y lo eludirán. De modo que ha ingeniado una red seductora, tan hábilmente confeccionada que atrapa hasta los hombres más inocentes. Huimos de los deseos pecaminosos y hacemos bien, pero cuando se trata de cosas tan inocuas como la ciencia, el arte y la educación, ¡con qué facilidad perdemos nuestro sentido de valores y caemos presa de su seducción!

Sin embargo la sentencia de juicio de nuestro Señor implica claramente que todo lo que constituye "el mundo" está en desacuerdo con el propósito de Dios. Sus palabras "ahora es el juicio del mundo" (Jn. 12:31), implican claramente la condenación de todo lo que forma parte del *kosmos** y no se habrían pronunciado si en realidad no hubiese algo radicalmente malo en él. Aún más, cuando Jesús prosigue diciendo: "Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera", no está enfatizando una mera relación íntima entre Satanás y el sistema del mundo sino el hecho de que su condenación está ligada con la suya. ¿Reconocemos que Satanás es hoy el prín-

* Ver Apéndice.

cipe de la educación, de la ciencia, de la cultura y de las artes, y que éstas, con él, están condenadas? ¿Reconocemos que él es el gobernador efectivo de todas las cosas que forman parte del sistema del mundo?

Cuando se menciona un salón de baile o un club nocturno, nuestra reacción como creyentes es de inmediata desaprobación. Para nosotros son 'el mundo' por excelencia. Cuando, sin embargo (yendo al otro extremo), se discuten temas de ciencia médica o servicio social, quizá no haya reacción alguna. Estas cosas reciben nuestra aprobación tácita y quizá nuestra ayuda entusiasta. Y entre estos dos extremos hay una hueste de cosas que varían grandemente en la influencia que ejercen para bien o mal, entre los cuales no nos pondríamos de acuerdo sobre dónde trazar una línea exacta. Sin embargo debemos enfrentar el hecho que el juicio ya ha sido pronunciado por Dios, no sobre ciertas cosas que pertenecen a este mundo, sino imparcialmente sobre todas ellas.

1

CRUCIFICADO A MI

(Gá. 6:14)

Separación del mundo y para Dios es el primer principio de la vida cristiana. Cuando Juan recibió su revelación de Cristo Jesús vio dos extremos irreconciliables, dos mundos tan distintos como lo es un polo del otro. Primero fue llevado en el Espíritu a un desierto para ver a Babilonia, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra (Ap. 17:3). Luego fue llevado en el mismo Espíritu a un monte grande y alto para ver a Jerusalén, la novia, la esposa del Cordero (21:10). El contraste es claro y no podría explicarse más nítidamente.

No importa si somos como Moisés o como Balaam, para poder tener el mismo punto de vista que Dios, debemos ser llevados como Juan a la cima de un monte. Muchos no pueden ver el eterno plan de Dios o si lo ven lo comprenden sólo como doctrina estéril, pues se conforman con permanecer en las llanuras. La mera comprensión jamás nos moverá, sólo la revelación lo hace. Desde el desierto podremos divisar algo de Babilonia pero necesitamos la revelación espiritual para ver la nueva Jerusalén de Dios. Una vez que la hayamos visto jamás volveremos a ser como antes. Como creyentes por tanto todo depende de ese abrir de ojos y, para experimentarlo, debemos estar preparados a dejar los niveles normales y a trepar.

La ramera Babilonia siempre se denomina "la gran ciudad" (16:19, etc.) con el énfasis sobre su logro de

grandeza. La novia Jerusalén por contraste es "la santa ciudad" (21:2,10) enfatizándose su separación para Dios. Es "de Dios" y está dispuesta "para su marido". Por esta razón posee la gloria de Dios. Esto es algo que todos podemos experimentar. La santidad en nosotros es aquello que es de Dios, que está completamente separado para Cristo. Se basa en la regla que sólo lo que tiene su origen en el cielo retorna allí, pues ninguna otra cosa es santa. Si dejamos este principio de la santidad, al instante nos encontramos en Babilonia.

Por esta razón es el muro lo primero que menciona Juan en su descripción de la ciudad. Están las puertas que permiten los movimientos de Dios pero el muro se menciona con prioridad. Pues, repito, la separación es el primer principio de la vida cristiana. Si Dios quiere su ciudad con sus medidas y su gloria en "aquel día" entonces debemos construir ese muro en corazones humanos ahora. Esto significa en la práctica que debemos guardar y valorar todo lo que es de Dios y rechazar y rehusar todo aquello que es de Babilonia. Esto no implica una separación entre creyentes. No nos atrevemos a excluir a nuestros hermanos aun cuando no participamos en algunas de las cosas que ellos hacen. No, debemos amar y recibir a nuestros hermanos aunque seamos, en principio, inflexibles en nuestra separación del mundo.

Nchemías en su época logró reconstruir el muro de Jerusalén pero sólo enfrentando con firmeza una gran oposición. Satanás odia la distinción y no puede tolerar que los hombres se separen para Dios. Xehemías y sus colegas se armaron pues y así equipados para la guerra colocaron piedra sobre piedra. Este es el precio de la santidad y debemos estar preparados a pagarlo.

Sin lugar a duda, debemos edificar. Edén era un jardín sin un muro artificial para mantener alejados a los enemigos, de modo que Satanás podía entrar. Dios quiso que Adán y Eva lo guardaran (Gn. 2:15), constituyéndose en una barrera moral para él. Hoy día, por medio

de Cristo, Dios propone tener en el corazón de su pueblo redimido un Edén al cual, en triunfante realidad, Satanás no tendrá al fin acceso moral alguno. "No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero" (Ap. 21:27).

La mayoría de nosotros estaría de acuerdo en aseverar que al Apóstol Pablo le fue dada una revelación especial de la Iglesia de Dios. De un modo similar sentimos que Dios le dio a Juan una comprensión especial de la naturaleza del mundo. *Kosmos* * es en verdad una palabra peculiar de Juan. Los otros Evangelios la utilizan sólo quince veces (Mateo nueve, Marcos y Lucas tres veces cada uno) mientras que Pablo la utiliza cuarenta y siete veces en sus ocho cartas. Pero Juan la usa ciento cinco veces en total; setenta y ocho en su Evangelio, veinticuatro en sus epístolas y tres más en el Apocalipsis.

En su primera Epístola Juan escribe: "Todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo" (2:16). En estas palabras, que reflejan claramente la tentación de Eva (Gn. 3:6), Juan define lo que es del inundo. Todo lo que puede ser incluido bajo concupiscencia o deseo primitivo, todo aquello que excita la ambición desmedida v todo aquello que despierta en nosotros el orgullo o el encanto de la vida, todas estas cosas forman" parte del sistema satánico. Quizá no sea necesario detenernos a considerar las dos primeras pero pensemos por un momento en la tercera. Todo lo que despierta orgullo en nosotros es del mundo. Distinción, riquezas, hazañas: el mundo aplaude estas cosas. Los hombres se enorgullecen justamente del éxito, pero Juan tilda a todo lo que produce esta sensación de éxito como "del mundo".

Por tanto todo éxito que experimentamos (¡y no estoy sugiriendo que debemos fracasar!), debe producir en

* Para el significado y uso de esta palabra, véase el Apéndice.

nosotros al instante una humilde confesión de su inherente pecaminosidad, pues cuando logramos un éxito hemos tomado contacto en algún grado con el sistema del mundo. Cuando sentimos complacencia por algo que hemos logrado sabemos, al instante, que hemos tenido contacto con el mundo. Podemos saber también, que nos hemos colocado bajo el juicio de Dios, pues ¿no concordamos en que todo el mundo está bajo juicio? Ahora pues (y procuremos comprender este hecho) aquellos que se dan cuenta de esto y confiesan su necesidad están salvaguardados.

Pero el problema es: ¿cuántos de nosotros estamos conscientes de esto? Aun aquellos que vivimos recluidos en nuestros hogares estamos tan propensos a caer, víctimas del orgullo de la vida, como los que tienen gran éxito público. Una mujer en una humilde cocina puede entrar en contacto con el mundo y su complacencia aun cuando está cocinando la comida diaria o cuando sirve a los invitados. Toda gloria que no es gloria a Dios es vanagloria, y es asombroso cómo pequeños éxitos pueden producir gran vanagloria. Cuando nos enfrentamos con el orgullo nos enfrentamos con el mundo y de inmediato hay una pérdida en nuestra comunión con Dios. ¡Oh, que Dios nos abra los ojos para ver claramente lo que en realidad es el mundo! No sólo las cosas malas sino todo aquello que nos aleja de Dios, aunque sea suavemente, son parte de aquel sistema que es antagónico a El. La satisfacción en el logro de algo legítimo tiene el poder de colocarse instantáneamente entre nosotros y Dios mismo. Pues si despierta en nosotros el orgullo de la vida y no la alabanza de Dios podemos saber con toda certeza que hemos tenido contacto con el mundo. Hay pues una constante necesidad de velar y orar si hemos de mantener inmaculada nuestra comunión con Dios.

¿Cómo podemos entonces escapar de este lazo que el Diablo ha tendido para el pueblo de Dios? En primer lugar debemos señalar enfáticamente que no lo lograremos

por alejarnos. Muchos piensan que podemos escapar del mundo procurando abstenernos de las cosas del mundo. Esto es necedad. ¿Cómo podríamos escapar del sistema del mundo utilizando métodos que al fin son poco más que mundanos? Recordemos las palabras de Jesús en Mateo 11:18,19: "Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores." Algunos piensan que Juan el Bautista nos ofrece aquí una receta para escapar del mundo pero el "no comer ni beber" no es cristianismo. Cristo vino comiendo y bebiendo y ¿esto sí es cristianismo! El apóstol Pablo habla de los "rudimentos del mundo" y los define así: "No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres)..." (Col. 2:20-22). De modo que la abstinencia es meramente mundana y nada más, y ¿qué esperanza hay de escapar del sistema de este mundo utilizando elementos mundanos? Sin embargo, ¿cuántos creyentes sinceros están dejando toda clase de placeres mundanos, esperando que de este modo serán librados del mundo! Podemos construir un rancho de ermitaño en algún lugar remoto y pensar que viviendo ahí escaparemos del mundo, pero el mundo nos seguirá aun allí. Seguirá nuestras pisadas y nos encontrará dondequiera que querramos escondernos.

Nuestra liberación del mundo comienza no al dejar esto o aquello sino al ver, tal como si fuera con los ojos de Dios, que es un mundo que está bajo sentencia de muerte. Utilizando la figura con que comenzamos este capítulo: "Ha caído, ha caído la gran Babilonia" (Ap. 18:2). Ahora bien, la sentencia de muerte se decreta sobre los que viven, no sobre los muertos; y en un sentido el mundo es una fuerza viva hoy día, que inexorablemente persigue y busca a sus subditos. Pero aunque es verdad que cuando se pronuncia la sentencia de muerte es aún futura, es sin embargo certera. Una persona bajo sentencia

de muerte *no tiene* futuro más allá de los confines de una celda de condenado. Del mismo modo el mundo, estando bajo sentencia, no tiene futuro. El sistema del mundo no ha sido concluido y ajusticiado aún por Dios pero que ha de llevarse a cabo es cosa segura. Las cosas cambian radicalmente cuando nosotros *vemos* esto. Algunos buscan liberación del mundo por medio del ascetismo y como el Bautista, no comen ni beben. Eso en nuestro día es budismo y no cristianismo. Como creyentes comemos y bebemos pero lo hacemos sabiendo bien que comer y beber pertenecen al mundo y que, junto con él, están bajo sentencia de muerte y por tanto no pueden asirse de nosotros.

Supongamos que las autoridades municipales decretaran que la escuela donde trabajas ha de cerrarse. En cuanto te enteras de esta noticia comprendes que no hay futuro para ti en esa escuela. Sigues trabajando allí por un período pero no estás formando nada allí para el futuro. Tu actitud hacia la escuela cambia en el instante en que oyes que se clausurará. Utilizando otra ilustración, suponiendo que el gobierno decide cerrar cierto banco. ¿Te apresurarás a depositar en dicho banco una gran suma de dinero para poder salvarle de la ruina? No; ni un centavo más depositas allí una vez que sabes que no tiene futuro. No depositas nada pues no se espera nada de él.

Y debemos decir en verdad que el mundo está bajo un decreto de clausura. Babilonia cayó cuando sus campeones hicieron guerra contra el Cordero y, cuando por su muerte y resurrección, los venció el que es Señor de señores y Rey de reyes (Ap. 17:14). No hay futuro para ella.

Una revelación de la cruz de Cristo involucra para nosotros el descubrimiento de este hecho, que por medio de ella todo lo que pertenece al mundo está bajo sentencia de muerte. Seguimos viviendo en el mundo y utilizando las cosas mundanas pero no podemos formarnos

un futuro con ellas pues la cruz ha deshecho toda la esperanza que teníamos en él. La cruz de nuestro Señor Jesús, podemos en verdad decir, ha arruinado nuestras perspectivas en el mundo, no hay nada en él por el cual vivir.

No existe manera alguna de salvación del mundo que no comience con tal revelación. Sólo necesitamos procurar escapar del mundo alejándonos de él para descubrir cuánto lo amamos, y cuánto nos ama. Podemos huir procurando evitarlo pero con seguridad que nos encontrará. Inevitablemente perdemos todo interés en el mundo y éste pierde su poder sobre nosotros en cuanto comprendemos que está condenado. Ver esto equivale automáticamente a ser cortado completamente de la economía de Satanás.

Al final de su carta a los Gálatas Pablo dice esto muy claramente: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (6:14). ¿Qué es lo que se destaca en este versículo? En cuanto al mundo, habla de los dos aspectos de la obra de la cruz. "Yo he sido crucificado al mundo" es una declaración que podemos encuadrar fácilmente dentro de nuestra comprensión de lo que es estar crucificado con Cristo tal como se define en otros pasajes tales como Romanos 6. Pero aquí dice también específicamente que "el mundo me es crucificado a mí". Cuando Dios se nos acerca con la revelación de la obra terminada de Cristo, no sólo nos muestra a nosotros mismos allí en la cruz, sino nos hace ver que nuestro mundo también está allí. Si tú y yo no podemos escapar del juicio de la cruz, entonces tampoco lo puede hacer el mundo. ¿Hemos en realidad visto esto? Esta es la médula del tema. Cuando comprendo esto entonces no procuraré repudiar a un mundo que amo; veo, en cambio, que la cruz *ya lo ha* repudiado. No procuro escapar de un mundo que se aferra a mí; veo, en cambio, que por medio de la cruz *ya he* escapado.

Al igual que muchos otros aspectos de la vida cristiana, el camino de la liberación del mundo nos causa sorpresa pues está en completa oposición a todos los conceptos naturales del hombre. El hombre busca solucionar los problemas del mundo alejándose físicamente de lo que él considera como zona peligrosa. Pero la separación física no produce la separación espiritual, y viceversa, el contacto físico con el mundo no implica esclavitud espiritual al mundo. Esclavitud espiritual al mundo es el fruto de ceguera espiritual y la liberación se produce cuando se nos abren los ojos. No importa cuan íntimo sea nuestro contacto con el mundo exteriormente, somos liberados de su poder cuando vemos su verdadera naturaleza. El carácter esencial del mundo es satánico, está en enemistad con Dios. Comprender esto significa encontrar liberación.

¿Cuál es tu ocupación? ¿Eres comerciante? ¿Eres médico? No huyas de estos llamados o vocaciones. Escribe simplemente: El comercio está bajo sentencia de muerte. Escribe: La medicina está bajo sentencia de muerte. Si en verdad haces eso, de ahí en adelante cambiará toda tu vida. En medio de un mundo bajo juicio por su hostilidad a Dios sabrás lo que es vivir como uno que en verdad le ama y le teme a El.

UNA NATURALEZA DISTINTA

Consideremos ahora las palabras que Jesús dirigió a los judíos en Juan 8:23: "Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo." Quisiera que notemos especialmente el uso de la palabra "de". La palabra griega es *ek*, que puede traducirse quitar de, sacar de, o extraer de, e implica el origen o la procedencia de donde se extrae. *Ek tou kosmos* es la expresión utilizada: "De, o desde, o del, mundo". De modo que el sentido del pasaje es el siguiente: "Vuestro lugar de origen es abajo; mi lugar de origen es arriba. Vuestro lugar de origen es este mundo; mi lugar de origen no es este mundo". La médula del caso no es: ¿Eres una persona buena o mala? sino: ¿Cuál es tu lugar de origen? No nos preguntamos: ¿Es correcto esto o aquello? sino: ¿Dónde tuvo su origen? Es el origen que determina todo lo demás. "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Jn. 3:6).

De modo que cuando Jesús se dirige a sus discípulos puede decir, utilizando la misma preposición griega: Si fuerais del mundo (*ek tou kosmos*), el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (Jn. 15:19). leñemos aquí la misma expresión: "No sois del mundo", pero además hay otra expresión más fuerte: "Yo os elegí (*ek*) del mundo" (dando a entender 'extraídos del mundo'). En esta última instancia hay un doble énfasis. Como en la cita anterior hay un *ek*, "del"; pero además de

esto el verbo 'elegir', *eklego*, contiene otro *ek*. En efecto Jesús está diciendo que-SUS discípulos han sido elegidos *del mundo* para ser *sacados* del mundo.

Existe en la vida de todo creyente este doble *ek*. De esa vasta organización llamada el *kosmos*, de entre toda esa gran masa de individuos que pertenecen y están involucrados en ella, de allí Dios nos ha sacado. De ahí proviene el nombre "Iglesia", *ekkllesia*, los que Dios ha llamado a salir. De en medio del gran *kosmos*» Dios llama a uno aquí y a otro allá; y a todos los que llama les llama a salir fuera. No existe tal cosa como un llamado de Dios que no sea un llamado 'a salir fuera' del mundo. La Iglesia es *ekkllesia*. En los propósitos divinos no hay *klesia* (llamados) que no vaya acompañada de *ek* (salir de).

Si hemos sido llamados entonces hemos sido llamados a salir fuera. Si Dios en verdad nos ha llamado entonces nos ha llamado para vivir en espíritu fuera del sistema del mundo. Originalmente estábamos en el sistema satánico sin posibilidad de escape pero fuimos llamados y ese llamado nos sacó. Es verdad que esta afirmación es negativa pero está también el aspecto positivo de nuestra constitución; pues como pueblo de Dios tenemos dos títulos, cada uno de ellos significativos según el punto de vista desde donde nos miramos. Si miramos nuestra historia pasada somos *ekkllesia*. la Iglesia; pero si miramos nuestra vida presente en Dios somos el Cuerpo de Cristo, la expresión, sobre la tierra, de Aquel que está en el cielo. Desde el punto de vista de la elección de Dios hemos sido 'sacados' del mundo; pero desde el punto de vista de nuestra vida nueva no somos en manera alguna del mundo sino de arriba. Por un lado somos un pueblo escogido, llamado y liberado de este sistema mundano. Por el otro somos un pueblo regenerado, sin relación alguna con ese sistema pues por el Espíritu hemos nacido de arriba. De modo <que Juan ve la santa

ciudad descendiendo "del cielo, de Dios" (Ap. 21:10). Como pueblo de Dios el cielo no es nuestro destino sino nuestro origen.

Esto es algo asombroso, que haya en ti y en mí un elemento que es esencialmente de otro mundo. De otro mundo tan distinto que por más que progresa este mundo jamás podrá avanzar ni siquiera un paso en semejanza al otro. La vida (pie tenemos como don de Dios vna del cielo y nunca estuvo en el mundo. No tiene correspondencia con el mundo sino que está en perfecta armonía con el cielo; y aunque debemos entremezclarnos con el mundo diariamente jamás dejará que nos sintamos cómodos allí.

Consideremos por un momento este don divino, esta vitla de Cristo morando en el corazón del hombre regenerado. El apóstol Pablo tiene mucho que decir al respecto. En un pasaje muy ilustrativo de 1* Corintios hace una doble afirmación muy notable: a) que Dios mismo nos ha colocado en Cristo, y b) (pie Cristo "nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Co. 1:30). Tenemos aquí ejemplos de toda la gama de necesidades humanas que Dios ha suplido en su Hijo. Hemos demostrado en otro lugar* (pie Dios no distribuye estas cualidades de justicia, santificación, etc., en cuotas que hemos de tomar a medida que las necesitamos. Lo que El hace es darnos a Cristo como la respuesta, que todo lo incluye, a todas nuestras necesidades. El hace que su Hijo sea mi justicia y mi santificación y toda otra cosa que me falte, sobre la base que El ya me ha colocado en el Cristo crucificado y resucitado.

Ahora desearía que consideremos la última palabra, redención". Pues la redención tiene mucho que ver con el mundo. Recordaremos que los israelitas fueron 'redimidos' o sacados fuera de Egipto, que era el mundo (pie ellos conocían hasta entones, y que es para nosotros una

figura de este mundo bajo el gobierno satánico. "Yo soy Jehová", dijo Dios a Israel, "y os redimiré con brazo extendido". Por tanto Dios lo sacó, colocando una barrera de juicio entre ellos y la hueste de Faraón que les perseguía, de modo que Moisés podía cantar acerca de Israel "este pueblo que redimiste" (Ex. 6:6; 15:13).

A la luz de esto, estudiemos ahora la doble afirmación de Pablo. Si, a) *Dios nos ha colocado en Cristo*, y Cristo es completamente de otro mundo, entonces nosotros también somos de otro mundo. El es ahora nuestra esfera, y estando en El estamos por definición completamente fuera de esa otra esfera. El Padre "nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención" (Col. 1:13,14). Este traslado fue el tema del capítulo anterior.

Además si, b) *Cristo nos "ha sido hecho redención"* —es decir, Cristo nos ha sido dado para ser eso—, entonces significa que *dentro de nosotros* Dios ha puesto a Cristo mismo como una barrera para resistir al mundo. Me he encontrado con muchos creyentes nuevos procurando resistir al mundo, procurando de una y otra manera de vivir una vida no mundana. Encontraron que era muy difícil hacerlo y más aún, tal esfuerzo es completamente innecesario. Pues por ser esencialmente de otro mundo Cristo es nuestra barrera al mundo y no necesitamos nada más. No es que debemos hacer algo en relación con nuestra redención como tampoco lo hizo el pueblo de Israel en relación con la suya. Simplemente confiaron en el brazo extendido de Dios para redimirlos. Y Cristo nos *ha sido hecho* redención. En mi corazón hay una barrera entre el mundo y yo, la barrera de otra clase de vida, es decir la de mi Señor mismo, y Dios ha colocado esa barrera allí. Por causa de Cristo el mundo no puede alcanzarme.

¿Qué necesidad tengo entonces de procurar resistir o escapar del sistema imperante? Si busco dentro de mí mismo algo con qué enfrentar y vencer al mundo al ins-

tante encuentro que todo mi ser clama por ese mundo, mientras que si procuro separarme de él sencillamente me envuelve más y más. Pero cuando reconozco que Cristo en mí es mi redención y que en El estoy completamente 'afuera', en ese momento cesará la lucha. Simplemente le diré que yo no puedo hacer nada en cuanto al 'mundo' y que le agradezco con todo mi corazón que El es mi redentor.

Arriesgando el ser monótono permítaseme decir nuevamente: el carácter del mundo es moralmente diferente de la vida impartida por el Espíritu que hemos recibido de Dios. Fundamentalmente es por poseer esta nueva vida del don de Dios que el mundo nos odia pues no tiene odio por los suyos. Esta diferencia radical nos imposibilita completamente de lograr que el mundo nos ame. "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece."

Cuando el mundo enfrenta en nosotros honestidad y decencia natural humana lo aprecia y está dispuesto a rendirnos el respeto que merece y darnos su confianza. Pero en cuanto enfrenta en nosotros aquello que no es de nosotros mismos, es decir la naturaleza divina de la cual hemos sido hechos participantes, se despierta su hostilidad al instante. Demostremos al mundo los frutos del cristianismo y aplaudirá; mostrémosle el cristianismo y se opondrá tenazmente. Pues por más que evolucione el mundo no podrá producir ni un solo creyente. Puede imitar la honestidad, la cortesía, la caridad cristianas, sí, pero jamás puede aspirar a producir un solo creyente. La así llamada civilización granjea el reconocimiento y el respeto del mundo. El mundo puede tolerar eso; aun puede asimilar y utilizarlo. Pero odia la vida cristiana —la vida de Cristo en el creyente— y dondequiera que la encuentre se opondrá a ella hasta la muerte.

La civilización cristiana es el resultado de una tentativa de reconciliar al mundo con Cristo. En la figura del

Antiguo Testamento lo vemos representado por Moab y Amon, el fruto indirecto del compromiso de Lot con Sodoma; y ni Moab ni Amon fueron menos hostiles a Israel que las naciones paganas. La civilización cristiana comprueba que puede entremezclarse con el mundo y puede quizás tomar la parte del mundo en una crisis. Hay una cosa, sin embargo, que está eternalmente separada del mundo y nunca podrá entremezclarse con él y eso es la vida de Cristo. Sus naturalezas son mutuamente antagónicas y no pueden ser reconciliadas. Entre la más rica especie de naturaleza que pueda producir el mundo y el creyente más insignificante no hay base común de comparación, pues la bondad natural es algo (pie tenemos por nacimiento natural y que podemos desarrollar por nuestros propios esfuerzos; pero la bondad espiritual es, en palabras de Juan, "nacida de Dios" (1 Jn. 5:4).

Dios ha establecido en el mundo una Iglesia universal, y en un lugar y otro ha plantado muchas iglesias locales. Dios, digo, ha hecho esto. Sería irrazonable por tanto pensar que su modo de liberación del mundo sea por separación física de él. Pero como consecuencia de esto muchos creyentes sinceros están muy perplejos por el problema de la absorción. Si Dios planta una iglesia local aquí ¿será reabsorbida algún día por el mundo?, se preguntan.

De hecho eso no presenta problema alguno para el Dios viviente. Ya que su origen no es del mundo no hay en la familia de Dios ninguna correspondencia con el mundo y por tanto ninguna posibilidad de que el mundo la absorba. Por supuesto que este no es por mérito de nosotros, sus hijos. No es porque deseamos ardientemente ser celestiales que la Iglesia es celestial, sino porque nosotros hemos nacido del cielo. Y si por nuestro origen celestial estamos absueltos de ganarnos un lugar allí, también estamos absueltos de procurar separarnos físicamente de este mundo.

¿Cómo puede el mundo mezclarse con lo que es de otro mundo? Pues todo lo que es del mundo es polvo hueco, mientras todo lo que es de Dios tiene la milagrosa cualidad de vida divina. Algunos de nuestros hermanos en Xanking estaban ayudando en cierta ocasión a los damnificados después del bombardeo de la ciudad por los aviones japoneses. Repentinamente estando delante de una casa destrozada pensando por dónde debían comenzar hubo una violenta remoción de ladrillos y maderas y un hombre emergió. Sacudiéndose el polvo y los escombros se levantó y con dificultad se puso de pie. Las vigas y los tirantes caídos cayeron nuevamente detrás de él y el polvo se asentó nuevamente ¡pero él salió caminando! Mientras haya vida, ¿qué temor puede haber de mezcla?

La oración de Jesús a su Padre que Juan registra en el capítulo 17 contiene una plegaria que cautiva la atención. Habiendo repetido la afirmación que "el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo", Jesús continúa: "No ruego (pie los quites del (*ek*) mundo, sino que los guardes del (*ek*) mal" (versos 14 y 15).

Tenemos aquí un importante principio que nos ocupará en el siguiente capítulo. Los creyentes tienen un lugar vital en el mundo. Aunque salvados del maligno y de su sistema no han sido removidos de su territorio aún. Tienen un papel que desempeñar allí para lo cual son indispensables. Las personas religiosas, como hemos visto, procuran vencer al mundo retirándose de él. Como creyentes, ésta no es nuestra actitud. Aquí es donde debemos vencer. Creados con una naturaleza completamente distinta a la del mundo aceptamos con gozo el hecho de que Dios nos haya colocado allí. Esa naturaleza, nuestro don de Dios en Cristo, es toda la protección que necesitamos.

LUCES EN EL MUNDO

Sin temor a ser desafiado Jesús podía decir: "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8:12). Esto no nos causa sorpresa alguna. Lo que *es* verdad sorprendente es que El les dijera a sus discípulos y por implicación a nosotros también: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mt. 5:14). Pues El no nos exhorta a ser esa luz sino que dice claramente que *somos* la luz del mundo, ya sea brillando o escondiéndola de los hombres. La vida divina implantada en nosotros, que en sí es completamente extraña a todo el mundo que la rodea, es una fuente de luz diseñada para revelar a la humanidad el verdadero carácter del mundo enfatizando por contraste su oscuridad inherente. Por tanto Jesús sigue diciendo: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:16). De aquí se desprende claramente que el separarnos del mundo hoy día y de ese modo privarlo de su única luz, no glorifica a Dios en manera alguna. Simplemente obstaculiza su propósito en nosotros y en la humanidad.

Es verdad que la carrera de Juan el Bautista era muy diferente. El en verdad se retiró del mundo viviendo austeramente en lugares desiertos, subsistiendo, se nos dice, de langostas y miel silvestre. Los hombres fueron allí a buscarle, pues aun allí era una luz que ardía y brillaba. Sin embargo se nos recuerda que "no era él la luz" (Jn. 1:8). El vino sólo para dar testimonio de esa Luz. Su testimonio fue el último y el más grande del

antiguo orden profético, pero fue así pues señalaba hacia adelante a Jesús. Jesús sólo fue "aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre" al venir al mundo y El en verdad "en el mundo estaba", no fuera de él (Jn. 1:9,10). El cristianismo se deriva de El. Dios puede utilizar a un Juan clamando en el desierto pero nunca fue su propósito que su Iglesia sea una selecta compañía viviendo según el principio de abstinencia.

Hemos visto ya como la abstinencia —"no manejes, ni gustes, ni toques"— era simplemente un elemento del sistema de este mundo y como tal daba lugar a sospecha (Col. 2:21). Pero debemos avanzar un poco más y nuevamente el apóstol Pablo nos ayuda. En Romanos 14:17 él demuestra cómo la vida cristiana es algo completamente separada de la controversia sobre lo que debemos hacer y lo que no conviene. "El reino de Dios no es comida ni bebida" —es decir que es imposible concebirlo en esos términos— "sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo", que están en un reino totalmente distinto. El creyente vive y es guiado no por reglas que especifican hasta qué punto puede entremezclarse con los hombres, sino por estas cualidades interiores que recibe por medio del Espíritu Santo de Dios.

La justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo. Será bueno detenernos a meditar por un momento sobre la segunda de estas cualidades. Pues la paz, como veremos, es un elemento potente en la respuesta de Dios a la oración de su Hijo cuando pidió que nos guardara del maligno (Jn. 17:15).

En Dios mismo hay una paz, una profunda calma de espíritu que lo mantiene sereno y tranquilo en medio de inefables conflictos y contradicciones. "En el mundo tendréis aflicción", dice Jesús, pero "en mí podréis tener paz" (Jn. 16:33). ¡Con cuánta facilidad nos turbamos en cuanto empiezan a ir mal las cosas! Pero, ¿nos hemos detenido alguna vez para considerar qué fue lo que malogró aquel gran propósito que Dios se había propuesto en su

corazón? Dios, que es luz, tenía un plan eterno. Haciendo que la luz brillara en la obscuridad. El había establecido que este mundo fuese el lugar donde se llevaría a cabo ese plan. Luego Satanás, como recordaremos, apareció para oponerse a Dios, de modo que los hombres llegaron a amar más las tinieblas que la luz. Sin embargo a pesar de este impedimento, cuyas implicancias apreciamos bien **poco**, Dios conserva en sí mismo una paz imperturbable. Es esa paz de Dios que, como dice Pablo, guardará nuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús (Fil. 4:7).

¿Qué es lo que en realidad significa una guarnición? Significa que mi enemigo tiene que derrotar al guardia armado que está a la puerta antes de que pueda llegar a donde estoy yo. Antes de que pueda alcanzarme a mí debe derrotar a la misma guarnición. De modo que me atrevo a estar tan calmo como Dios, pues la paz que guarda a Dios me está guardando a mí. Esto es algo que el mundo no conoce en absoluto. "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da" (Jn. 14:27).

¡Los hombres no han comprendido en absoluto a Jesús! Todo lo que El hacía estaba mal para ellos, pues la luz que estaba en ellos era tinieblas. Aun se atrevieron a identificar al Espíritu que estaba en El con Bclzebub, el príncipe de los demonios. Sin embargo cuando le acusaron de ser comilón y bebedor de vino, ¿cuál fue su actitud? "Te alabo, Padre" (Mt. 11:19,25). El permaneció incommovido pues en Espíritu habitaba en la paz de Dios.

O bien recordemos aquella última noche antes de su pasión. Todo parecía salir mal: un amigo que salía en la noche para traicionarlo, otro desenvainando una espada con ira, otros escondiéndose y otro corriendo desnudo en su afán de escapar. En medio de todo eso Jesús dijo a los eme habían llegado para tomarle: "Yo soy", tan pacífica y calladamente que en lugar de estar El nervioso eran ellos cpie temblaron y cayeron a tierra. Esta es una

experiencia que se ha repetido en los mártires de todos los tiempos. Podían ser torturados o quemados y sin embargo, porque poseían su paz, los que les contemplaban sólo podían maravillarse ante su dignidad y compostura. No nos causa sorpresa por tanto (pie Pablo diga que esta paz sobrepasa todo entendimiento.

Qué notable es el contraste que Jesús traza entre estar "en el mundo" donde tendremos tribulación y estar "en El" donde podemos tener paz. Si Dios nos ha colocado en el primero, donde nos abruman la opresión, las demandas y las necesidades del mundo, también nos ha colocado en el otro (en Aquel), para que El nos mantenga tranquilos en medio de la bruma. Jesús mismo dijo en una oportunidad: "¿Quién es el que me ha tocado?" (Le. 8:45). El sintió que alguien de entre esa multitud en Capernaúm le había tocado con fe. Esa acción llegó a su corazón compasivo mientras que la opresión de los demas que le apretaban no tuvo tal efecto. Aunque empujaban impacientemente El no lo sentía en lo más mínimo pues había poco en común entre El y la multitud. "No como el mundo la da, yo os la doy." Si nuestra vida es la de los hombres, seremos llevados por el mundo; si es la vida del Espíritu, será incommovible ante las opresiones del mundo.

"Justicia y paz y gozo"; de tales cosas se ocupa el reino de Dios. No seamos atraídos por tanto al antiguo reino de "comer y beber", pues no es ni la prescripción ni la prohibición de estas cosas que nos concierne sino otro mundo completamente distinto. De modo que nosotros que somos del reino no necesitamos abstenernos. Vencemos al mundo no por abstenernos de las cosas mundanas sino por pertenecer positivamente a otro mundo: esto es, al poseer un amor, un gozo y una paz que el mundo no puede dar y que los hombres necesitan en gran manera.

En lugar de procurar evadir al mundo necesitamos ver cuan privilegiados somos de haber sido colocados allí por Dios. "Como tú me enviaste al mundo, así yo los he en-

viado al mundo" (Jn. 17:18). ¡Qué afirmación! La Iglesia es la sucesora de Jesús, una colonia plantada aquí en el mismo centro del territorio de Satanás. Es algo que Satanás no puede tolerar así como tampoco pudo tolerar a Jesús mismo y sin embargo es algo del cual no puede deshacerse por ningún medio. Es una colonia del cielo, un instrumento extranjero en su territorio y contra el cual es totalmente impotente. "Hijos de Dios", nos llama Pablo, "en medio de la gente mala y perversa. Ustedes brillan entre ellos como estrellas en un mundo oscuro" (Fil. 2:15, Vers. Popular). Dios nos ha colocado deliberadamente en el *¿cosmos* para demostrar en realidad lo que es. Debemos irradiar la luz divina, para que todos los hombres vean la abierta rebeldía del mundo hacia Dios por un lado, y por el otro que es hueco y vacío.

Y nuestra tarea no concluye aquí. Debemos proclamar a los hombres estas buenas nuevas que, si se tornan a ella, la luz de Dios en el rostro de Jesucristo les librarán de la hueca vanidad del mundo y les colocará en la plenitud que es Suya. Es esta doble misión de la Iglesia que produce el odio de Satanás. No hay nada que lo irrite tanto como la presencia de la Iglesia en el mundo. Nada le agradaría más que ver removida su luz reveladora. La Iglesia es una fuente de constante irritación y enojo para el adversario de Dios. El solo hecho de que *estamos* en el mundo molesta e irrita a Satanás. Entonces, ¿por qué hemos de abandonarlo?

"Id por todo el mundo y predicad el evangelio" (Mr. 16:15). Este es el privilegio del creyente. Es también su deber. Aquellos que procuran retirarse del mundo sólo están demostrando que están todavía en alguna medida esclavizados por el pensar mundano. Nosotros que "no somos del mundo" no tenemos motivo alguno para procurar dejarlo, pues *es allí donde debemos estar*.

De modo que no es necesario que dejemos nuestros empleos seculares. Al contrario, es precisamente allí donde debemos testificar y predicar el evangelio. En este

asunto no hay consideraciones seculares sino sólo espirituales. No vivimos vidas separadas en compartimentos, como creyentes en la Iglesia y como seres seculares el resto del tiempo. No hay tal cosa en nuestra profesión o en nuestro empleo que Dios quiso separar de nuestra vida como hijos suyos. Todo lo que hacemos, ya sea en el campo, en la ruta, en el negocio, la fábrica, la cocina, el hospital o la escuela, tiene valor espiritual en cuanto al reino de Cristo. Todo ha de ser reclamado para El. Satanás preferiría mucho más que no hubiesen creyentes en ninguno de estos lugares pues estorban decididamente allí. El procura por tanto amedrantarnos para que nos retiremos del mundo y, si no puede hacer eso, procura envolvernos en su sistema mundano, haciéndonos pensar a su manera, conformando nuestro comportamiento a sus standards. Cualquiera de esas dos cosas sería un triunfo para él. El hecho de que nosotros estemos en el mundo, pero con todas nuestras esperanzas, todos nuestros intereses y todas nuestras perspectivas, fuera del mundo, constituye la derrota de Satanás y la gloria de Dios.

Con respecto a la presencia de Jesús (la luz) en el mundo, está escrito que "las tinieblas no prevalecieron contra ella" (Jn. 1:5). En ningún lugar de las Escrituras se nos dice que debemos "prevalecer" sobre el pecado, pero dice claramente que debemos vencer al mundo. En relación con el pecado la Palabra de Dios sólo habla de liberación; es en relación con el mundo que habla de victoria.

Necesitamos la liberación del pecado pues Dios jamás quiso que tomáramos contacto con él; pero no necesitamos ni debemos buscar, ser liberados del mundo pues es el propósito de Dios que tengamos contacto con él. No somos liberados del mundo pero al nacer de arriba tenemos victoria sobre él; y tenemos esta victoria en el mismo sentido y con la misma certidumbre con que la luz venció a las tinieblas.

"Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree **que** Jesús es el hijo de Dios?" (1 Jn. 5:4,5). La clave de la victoria es siempre nuestra relación de fe con el Hijo victorioso. "Confiad", dijo, "yo he vencido al mundo" (Jn. 16:33). Sólo Jesús podía hacer tal afirmación; y lo podía hacer porque antes ya había declarado **que**: "El príncipe de este mundo. . . nada tiene en mí" (Jn. 14:30). Era la primera vez **que** alguno en la tierra había dicho tal cosa. El lo dijo y venció. Por medio de su victoria el príncipe de este mundo fue echado fuera y Jesús comenzó a traer a los hombres hacia Sí.

Ya **que** El lo dijo, nosotros nos atrevemos a decirlo ahora también. Por haber nacido de nuevo, **porque** "todo lo **que** es nacido de Dios vence al mundo", yo puedo estar en el mismo mundo donde estuvo mi Señor y, en el mismo sentido que El, puedo estar completamente apartado del mundo, una lámpara **colocada** sobre su pedestal, dando luz a todos los **que** entran en la casa. "Como él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Jn. 4:17). La Iglesia glorifica a Dios, no por salir del mundo sino al irradiar su luz en el mundo. El cielo no es el lugar para glorificar a Dios; será el lugar donde le alabaremos a El. El lugar donde- debemos glorificarle es **aquí**.

SEPARACIÓN

Hemos visto a la Iglesia como una fuente de constante irritación para Satanás causándole una aguda molestia y limitando su libertad de movimiento. Aunque está en el mundo, la Iglesia no sólo rehusa ayudar en su construcción sino persiste en pronunciar juicio sobre él. Pero si esto es verdad, si la Iglesia es siempre una fuente de irritación al mundo, entonces de igual modo el mundo es una fuente de constante tristeza para la Iglesia. Y ya que el mundo está siempre desarrollándose, su poder de entristecer al pueblo de Dios va siempre en aumento; en verdad la Iglesia tiene que enfrentar una Fuerza mayor en el mundo hoy día de la que tuvo que enfrentar en los primeros tiempos. En aquella época los hijos de Dios se enfrentaban con persecución abierta manifestada en el maltrato físico de sus personas (Hch. 12; 2 Co. 11). Siempre chocaban con lo material, lo tangible. Ahora el problema más grande que enfrentan en el mundo es más sutil, una fuerza intangible, espiritualmente maligna, detrás de las cosas materiales. El impacto de esa fuerza espiritual hoy día es mucho mayor que en aquellos tiempos.

Mientras que por un lado es verdad que el pecado y la violencia serán mayores que nunca al fin de esta era, se ve claramente también en la Palabra de Dios que no específicamente contra estas cosas que la Iglesia tendrá que luchar, sino contra la atracción espiritual de cosas mucho más sencillas y cotidianas. "Como fue en los días de _o,_ i,j también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en ca-

Sarniento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot **salió** de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos" (Le. 17:26-29). El énfasis que hace Jesús aquí no es que estas cosas —comida, casamiento, comercio, agricultura, ingeniería— eran características sobresalientes de los días de Lot y de Noé, sino que serán características de los últimos días. "Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste" (verso 30); éste es el punto crucial. Pues estas cosas no son de por sí pecaminosas; simplemente son cosas mundanas. ¿Cuándo se ha dado tanta atención a la buena vida como en nuestros días? El alimento y el vestido han llegado a ser la preocupación especial de los hijos de Dios. ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? Para muchos estos son los únicos temas de conversación. Hay un poder que nos obliga a considerar estas cosas; nuestra misma existencia demanda que les prestemos atención.

Sin embargo las Escrituras nos advierten que "el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia", etc. Nos insta a buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, y nos asegura que al hacer esto, todas estas cosas nos serán añadidas. Nos exhorta a no tener cuidado, a no preocuparnos por la comida o el vestido, pues si Dios cuida de las flores del campo y de las aves del cielo, ¿no cuidará aún más de nosotros, su pueblo? Pero a juzgar por nuestras ansiedades parecería que ellos reciben cuidados, ¡pero nosotros no!

He aquí el punto que necesita un especial énfasis. Esta condición es anormal. La atención indebida a la comida y la bebida, en cualquiera de los extremos ya sea de subsistencia o lujo, que caracteriza a tantos creyentes en estos días, dista mucho de ser normal; es sobrenatural. Pues no nos enfrentamos aquí con un mero asunto de comida

y bebida; nos enfrentamos con demonios. Satanás concibió y ahora controla el orden mundano y está dispuesto a utilizar poder demoníaco por medio de las cosas mundanas para atraernos al mundo. El presente estado de cosas no puede explicarse de otra manera. ¡Oh, que los hijos de Dios despertaran a este hecho! En tiempos pasados los santos de Dios enfrentaron toda suerte de dificultades, y sin embargo en medio de la opresión alzaban los ojos y confiaban en Dios. En las presiones de hoy día, sin embargo, están tan confundidos y turbados que parece serles imposible confiar en El. ¡Es fundamental que comprendamos el origen satánico de toda esta opresión y confusión!

Lo mismo es verdad en cuanto al matrimonio. Nunca hemos encontrado tantos problemas en esta esfera como hoy. Reina la confusión mientras (pie los jóvenes rompen con las antiguas tradiciones pero les falta la dirección de otras que las reemplacen. Este hecho no puede explicarse naturalmente sino en forma sobrenatural. Casándose y dando en casamiento es algo sano y normal en cualquier época, pero hoy día hay un elemento que se está introduciendo en estas cosas que no es natural.

Lo mismo ocurre con la siembra y la edificación, con la compra y la venta. Todas estas cosas pueden ser perfectamente legítimas y benéficas, pero hoy el poder de ellas presiona sobre los hombres hasta que quedan perturbados y pierden su equilibrio. La fuerza maligna (pie potencializa el sistema mundano ha precipitado una condición donde vemos dos extremos: el uno de completa inhabilidad de lograr lo suficiente para poder subsistir y el otro de extraordinarias oportunidades para acumular riquezas. Por un lado muchos creyentes se encuentran en dificultades económicas sin precedentes; por el otro muchos se enfrentan con oportunidades, también sin precedentes, de enriquecerse. Ambas condiciones son normales.

Si escucháramos las conversaciones en los hogares hoy día oiríamos frases como éstas: "La semana pasada compré tal cosa y tal cosa por tanto y ahorré tanto." "Por suerte lo compre hace un año, de otro modo hubiera perdido bastante." "Si desea vender, venda ahora mientras la plaza sea favorable." ¿Hemos notado cómo la gente corre de aquí para allá, acebradamente haciendo transacciones? Los médicos compran acciones, los fabricantes de tela venden papel, hombres y mujeres que jamás habían tocado estas cosas antes, han sido envueltos por la corriente de especulación. Están atrapados en un remolino comercial que los hace girar vertiginosamente. ¿No comprendemos que este estado de cosas no es natural? ¿No vemos que aquí hay un poder que está cautivando a los hombres? La gente no actúa sensatamente; están fuera de sí. El afán de comprar y vender no es sólo una cuestión de ganar dinero —o de perderlo. Consiste en verdad de entrar en contacto con un sistema satánico. Estamos viviendo en los últimos tiempos, en una época cuando ha sido liberado un poder especial que impulsa a los hombres, quieran o no.

De modo que la médula del asunto no es pecaminosidad sino mundanalidad. ¿Quién se atrevería a decir que hacemos mal en comer y beber? ¿Quién desaprobaría de casarse y de dar en casamiento? ¿Quién pondría en duda nuestro derecho de comprar y vender? Estas cosas no son malas en sí mismas; el mal yace en el poder espiritual que está detrás de ellas y que **ppx** su intermedio presiona inexorablemente sobre nosotros. ¡Oh, que despertáramos al hecho que, mientras estas cosas son comunes y tan sencillas, son utilizada! por Satanás para atrapar a los hijos de Dios en la gran red de su sistema mundano!

"Mirad también por **vosotros** mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de **repente** sobre vosotros aquel día" (Le. 21:34). Notemos el término "vida" en estas palabras de Jesús. En el Nuevo Testamento Griego

se utilizan tres palabras para significar vida: *zoe*, vida espiritual; *psuche*, vida psicológica; y *hios*, vida biológica. Esta última es la que se utiliza aquí, y aparece en su forma adjetiva: *biotikos*, "de esta vida". El Señor nos está advirtiendo del peligro de que los afanes de esta vida nos abrumen, esto es, afligiéndonos por cosas tan comunes como la comida y el vestido que pertenecen a nuestra existencia actual en la tierra. Fue por una cosa tan sencilla como éstas que Adán y Eva cayeron, y será por causa de tales cosas sencillas que algunos creyentes olviden el llamado celestial de Dios. Pues todo se reduce al lugar donde está puesto el corazón. Se nos exhorta a que no permitamos que nuestros corazones estén cargados con estas cosas. Es decir, no debemos llevar una carga acerca de estas cosas: que llegue a aplastarnos. Debemos ser en un sentido verdadero separados en espíritu de nuestros bienes, ya sea en nuestra casa o en el campo (Ver Le. 17:31).

j Lo importante es que comprendamos quiénes somos! Somos la Iglesia, la luz del mundo que brilla en las tinieblas. Como tales vivamos nuestras vidas aquí abajo.

Hubo una época cuando la Iglesia rechazó las formas mundanas. Ahora no sólo las utiliza sino que abusa de ellas. Por supuesto debemos utilizar al mundo pues lo necesitamos; pero no debemos quererlo, no debemos desearlo. De modo que Jesús continúa diciendo: "Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie (literalmente 'ser puestos') delante del Hijo del Hombre" (Le. 21:36). ¿Nos exhortaría Dios a velar y a orar si no hubiese una fuerza espiritual de la que tenemos que guardarnos? No nos atrevemos a tomar nuestro destino como una cosa de rutina sino que debemos estar constantemente alertas para que permanezcamos desenredados en espíritu de los elementos de este mundo. Hay cosas del mundo que son esenciales para nuestra **H** existencia. Ocuparnos de ellas es legítimo, pero

estar apesadumbrados por ellas es ilegítimo y puede hacer que perdamos el derecho a lo mejor que Dios tiene para nosotros.

El libro del Apocalipsis sugiere que Satanás levantará su reino del anticristo en el mundo político (cap. 13), en el mundo religioso (cap. 17) y en el mundo comercial (cap. 18). Sobre esta triple base de política, religión y comercio, su reino tendrá su última expresión violenta. En los últimos dos capítulos este reino aparece bajo la figura de Babilonia, el instrumento especial de Satanás. Babilonia parece representar el cristianismo corrompido —la Iglesia Romana quizá, pero más grande y más astuta— y es por su comercio que es juzgada. Todo el capítulo 18 gira alrededor de comerciantes y mercaderías. Aquellos que lamentan la caída de la gran ciudad, desde el rey hasta el timonel de los barcos, todos deploran que su floreciente comercio ha cesado repentinamente. Evidentemente no es ni religión ni política sino el comercio que hace que el espíritu de Babilonia reavive y es eso lo que se lamenta en su caída. No nos atrevemos a afirmar enfáticamente que el comercio puro es malo, pero esto sí decimos sobre la base de la misma Palabra de Dios, que sus comienzos están ligados con Satanás (Ez. 28) y su fin con Babilonia (Ap. 18). Y añadimos por propia experiencia que el comercio es el área donde, más que en cualquier otra, "la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 P. 1:4) persigue sin tregua al cristiano de más elevados principios. Y sin duda, de no ser por la gracia de Dios, lo alcanzará produciendo su caída.

¿Somos sensibles a Babilonia? Los comerciantes lloraron, pero el cielo gritó: ¡Aleluia! (Ap. 19:1)). Estas (versos 1-6) son las únicas Aleluias registradas en el Nuevo Testamento. ¿Nos hacemos eco de ellas?

Estamos en un reino muy peligroso con el cual entramos en contacto por medio del comercio. Si por nuestra vocación nos ocupamos en comercio puro y si lo hacemos

en temor y temblor, podremos con la ayuda de Dios escapar del lazo del Diablo. Pero si confiamos en nosotros mismos entonces no hay esperanza de escapar del ego-centrismo que tal trabajo engendra. De modo que el problema que nos enfrenta hoy día no es cómo dejar de comprar y vender, de comer y beber, de casarnos y de dar en casamiento; el problema ahora es evitar el poder que está detrás de estas cosas, pues no debemos permitir que este poder triunfe sobre nosotros.

¿Cuál, pues, es el secreto para mantener nuestras cosas materiales dentro de la voluntad de Dios? Por supuesto que es mantenerlas *para Dios*, esto es, saber que no estamos amasando valores inútiles o grandes depósitos bancarios sino haciendo tesoros para su cuenta. Tú y yo debemos estar perfectamente dispuestos a deshacernos de cualquier cosa en cualquier momento. No importa si dejamos dos mil pesos o simplemente dos. Lo que importa es si podemos dejarlo en cualquier momento sin sentir pena alguna.

No estoy sugiriendo por esto que debemos procurar deshacernos de todo. Lo esencial es que como hijo de Dios tú y yo no acumulemos cosas para nosotros mismos. Si guardo algo es porque Dios ha hablado a mi corazón; si me separo de algo es por la misma razón. Me coloco a *mí mismo* en la voluntad de Dios y no tengo temor de dar si Dios me lo pide. No guardo cosa alguna por amor a ella sino que puedo separarme de ella sin dolor cuando oigo el llamado de dejarlo atrás. Eso es lo que significa ser libres y separados para Dios.

REFRESCÁNDONOS MUTUAMENTE

En el Evangelio de Juan se registra un hecho que sólo él ha preservado para nosotros. Es un acontecimiento pleno de significación divina y uno que ayuda enormemente a ilustrarnos este problema de vivir en el mundo. Me refiero al incidente en el capítulo 13 en que nuestro Señor Jesús se ciñe con una toalla y tomando un lebrillo (vasija) lava los pies de sus discípulos. Esta acción de Jesús tiene varias lecciones que enseñarnos pero no me propongo entrar en ellas aquí. En cambio quisiera que miráramos en particular al mandamiento que dio seguidamente. "Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis... Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis" (versículos 14-17). ¿Qué es este mutuo lavamiento de pies? ¿Qué significa esto de lavar los pies de mi hermano y de que mis pies sean lavados por El?

El aspecto de esta verdad que se enfatiza especialmente aquí es el hecho de refrescar. Como veremos inmediatamente es algo muy precioso para el Señor que nosotros sus hijos aprendamos a ministrar frescura a nuestros hermanos y que ellos a su vez sean un medio para el refrigerio de nuestros espíritus.

Permítaseme aclarar que este pasaje no se relaciona con pecados. Si ando descalzo o con sandalias o aun con zapatos inevitablemente se juntará polvo sobre mis pies. No lo puedo evitar. Pero si me caigo y luego me revuelco en el polvo de modo que cubra mi cuerpo y mis

ropas —¡eso no es inevitable! Tengo que caminar de un lugar a otro pero es completamente innecesario rodar pdf la calle para llegar allí. ¡Puedo hacerlo sin chapalear en el barro!

De igual modo en la vida cristiana tropezar, y luego rodar en el polvo es ciertamente sinónimo de pecado. Exige arrepentimiento y necesita el perdón de Dios. Pues no es necesario que yo camine así con el Señor, escondiéndome detrás de la excusa que: "¡Es inevitable que caiga de vez en cuando!" Todos estamos de acuerdo en que esto no es correcto ni agradable a Dios.

Pero lo que significa el polvo en nuestros pies es esto, que al caminar por el mundo no importa quién seamos o cuánto cuidado tengamos, es inevitable que nuestros pies se ensucien. Por supuesto si no tocamos el mundo para nada, por cierto no nos ensuciaremos pero para lograr esto tendríamos que ser llevados en andas. Si no tocamos la tierra —y ¿quién seriamente espera lograr esto?— por cierto no nos mancharemos con lo que hay allí. Aun nuestro Señor Jesús reprendió a Simón el fariseo con estas palabras: "No me diste agua para mis pies" (Le. 7:44). Recordemos, pues, que el lavado mutuo de Juan 13 no se relaciona con pecados cometidos para los cuales siempre hay perdón por medio de la sangre, y de los cuales Dios ha querido librarnos. No; se refiere más bien a nuestro andar diario por el mundo, durante el cual es inevitable que nos ensuciamos algo. "Vosotros limpios estáis", dijo Jesús. La sangre preciosa se encarga de eso.

El que está lavado no necesita. . ." y en cuanto al pecado esta frase podría terminar allí. Pero al movernos en el reino de Satanás algo se pegará a nosotros. Como una película se interpone entre nosotros y nuestro Señor. Es ineludible sencillamente porque estamos en contacto con las cosas del mundo todo el tiempo, sus negocios y sus placeres, su corrupta escala de valores y todas sus perspectivas impías. Por eso Jesús concluye con las palabras:

- ..sino lavarse los pies".

Debemos considerar ahora la aplicación práctica de lo antedicho. Algunos hermanos y hermanas en Cristo tienen que salir a trabajar en oficinas o tiendas por siete u ocho horas diarias. Eso no está mal. No es pecado trabajar en una tienda o fábrica. Pero cuando vuelves a tu casa, ¿no te encuentras cansado, desanimado y fuera de tono con todo? Te encuentras con un hermano, pero no puedes fácilmente empezar a hablar de cosas divinas con él. Es como si estuvieras cubierto con algo que te está contaminando. Repito: eso no es necesariamente pecado; es sólo tu contacto con el mundo que ha depositado una película opaca sobre ti. No puedes dejar de sentirlo pues parece haber una incapacidad de acercarte al Señor. Esa comunión luminosa que tenías con El a la mañana parece haber sido oscurecida, su frescura se te ha ido. Todos conocemos esa experiencia.

O puede ser también que algunas de nuestras hermanas tienen que atender los quehaceres domésticos. Supongamos que una joven madre está preparando el almuerzo y está cocinando algo sobre el fuego. De pronto el bebé llora, suena el timbre de la puerta, la leche se sube —todo repentinamente y a la vez. ¡Corre a atender una cosa y le apremia la otra! Luego cuando todo está arreglado se sienta y parece que necesitara un poder para elevarla a Dios nuevamente. Está consciente de algo allí —no pecado, sino como si fuera una nube de polvo que cubre todo. Se adhiere como una película, interponiéndose entre ella y su Señor y se siente sucia, tiznada. No hay ese libre acceso que la lleva a Dios de inmediato. Esto creo, ilustra para nosotros la necesidad del lavamiento de pies.

Muchas veces estamos cansados y abrumados por nuestras ocupaciones seculares. Cuando nos disponemos a orar encontramos que tenemos que esperar un poco. Parece que nos lleva diez o veinte minutos para volver a aquel lugar donde podemos realmente tener comunión con Dios. O si nos sentamos para leer la Palabra encon-

tramos que requiere un gran esfuerzo para restaurar esa disposición abierta hacia El para escuchar. Pero ¡cuán bueno es si en el camino de regreso a nuestro hogar nos encontramos con un hermano con un corazón rebosante, fresco, que acaba de tener comunión con Dios! Sin desear hacer nada, espontáneamente nos da la mano y dice: "Hermano, ¡alabado sea Dios!" Puede que él no lo sepa pero de alguna manera es como si él ha venido con un plumero y ha limpiado todo. Inmediatamente sentimos que nuestro contacto con Dios ha sido restaurado.

Algunas veces entramos en una reunión de oración con un espíritu apesadumbrado por el efecto del trabajo del día. Uno ora y permanecemos igual, otro ora y no hay diferencia. Pero luego otro hermano o hermana ora y de algún modo sentimos inmediatamente el poder elevador. Somos refrescados; nuestros pies han sido lavados. ¿Qué, pues, es lo que significa el lavamiento? Significa restaurar la frescura original. Significa volver las cosas a un estado de tal claridad que es como si hubieran salido nuevamente de la presencia inmediata de Dios, nuevas de su mano.

No sé cuántas veces personalmente me he sentido apesadumbrado cuando el problema no era precisamente pecado sino ese sentir de estar cubierto con el polvo del mundo; y luego me he encontrado con un hermano o una hermana que quizá no sabía nada de mi condición pero que con un simple comentario ha alegrado todo. Cuando esto ocurre, sientes que toda la oscuridad se ha ido, la película se ha desvanecido. ¡Alabado sea Dios!, has sido refrescado y vuelto a la condición donde puedes gozarte en un contacto directo con El nuevamente. Esto es el lavamiento de pies —refrescar a mis hermanos en Cristo; traer nuevamente a un hermano a una condición tal como si recién hubiera salido de la misma presencia de *Dios*. Es este ministerio mutuo que el Señor desea ver entre sus hijos.

Si estamos caminando con Dios no habrá día alguno cuando no podamos, si lo deseamos, refrescar a nuestros hermanos. Este es uno de los más grandes ministerios. Puede que no sea más que un apretón de manos. Puede ser sólo una palabra de aliento dicha en forma casual. Puede ser sólo la luz celestial sobre nuestros rostros. Pero si el Señor tiene dominio sobre nosotros y no hay ninguna nube entre nosotros y El, encontraremos que en una forma callada estamos siendo utilizados. Puede que no lo lleguemos a saber y es mejor que así sea —aún más, puede ser mejor *nunca jamás* saberlo. Pero, sepámoslo o no, estamos constantemente siendo utilizados para refrescar a nuestro hermano. Cuando está apesadumbrado y en oscuridad, cuando tiene una carga sobre su corazón o una película delante de sus ojos, cuando está tiznado o manchado, entonces vendrá a nosotros. Quizá no quede mucho tiempo, puede ser por unos minutos solamente. Busca ese ministerio. Pide a Dios la gracia para ayudar al hermano. Muchas veces pensamos que sería bueno si pudiéramos dar largos sermones que sean oídos por muchos pero pocos tienen ese don y muchos no son alcanzados por los que lo tienen. Refrescar los corazones de los santos es el ministerio que todos pueden cumplir y que puede alcanzar a todos lugares. En la valuación de Dios es inapreciable.

Pero para servir a otros de este modo debemos cumplir con las condiciones. Si en realidad estamos siguiendo al Señor no cabe duda, por supuesto, que seremos utilizados pues no hay limitaciones con El. Si nosotros mismos estamos libres de polvo, con nuestros corazones llenos de su gozo y paz tendrá que haber un desbordamiento. De modo que la pregunta sencilla que les hago es ésta: ¿Hay algún punto de controversia entre ti y Dios? Me refiero por supuesto a cosas reales, conocidas. Si no hay nada especial entonces no es necesario que empieces a buscar algo; el Señor mismo siempre lo descubrirá. Lo señalará

con su dedo y tú lo sabrás. No es necesario que mires baria adentro y al registrar y analizar todo sentimiento procures desenterrarlo. Alábele solamente. Es asunto del Señor, no tuyo, brillar en tu corazón y demostrarte cuando te has descarriado de El.

Pero una cosa es segura. Si tienes una controversia con Dios, sólo mancharás a otros. Nunca podrás lavarles los pies. Cuando están apesadumbrados, tú los aplastarás más. Cuando se sientan cargados, harás que se sientan aún más cargados. En lugar de refrescarles y restaurarles la frescura (pie viene de Dios, sólo lograrás hundirlos en una mas profunda oscuridad. El no andar bien con Dios es la mejor manera de ser una carga para la vida de su Iglesia, mientras que la más grande manifestación de poder es, creo, tener la habilidad de refrescar a otros constantemente. Es algo sin precio, ese toque del cielo que eleva, limpia y renueva.

"Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros." De todos sus mandamientos a sus discípulos este es —y utilizo la expresión en su acepción más pura— el más dramático. Para subrayar su importancia El mismo lo cumplió delante de ellos. Era una expresión de su amor por "los suyos que estaban en el mundo" (versículo 1). El se propuso demostrar a sus discípulos lo que quería enseñar por ese ministerio. No es la obra de la plataforma o pulpito. Es servir el uno al otro con una vasija y una toalla. Siempre habrá necesidad de restaurar a personas que han caído, de volver al arrepentimiento a los débiles (pie han pecado; pero la necesidad más grande de los santos hoy día es de frescura, y por esto quiero significar volverlos nuevamente a lo que es original y de Dios. Esto es poder. Jesús mismo "había salido de Dios" (versículo 3) para hacer esto. No sé como lo ves tú, pero yo Penso que no hay poder mayor para Dios que demostrar ante el mundo la frescura divina. ¿No encuentras que " la más grande manifestación del poder de la vida

divina? En un sistema mundano oscurecido por el humo del abismo, ¡cómo nos regocijamos al encontrarnos con santos que están frescos con el aire puro del cielo! Tal frescura nos trae nuevamente a ti y a mí el divino soplo de la vida.

Doy gracias al Señor que en mi juventud tuve el gran privilegio de conocer a una de las más grandes santas. La conocí por muchos años y encontré en ella muchas cualidades espirituales; pero creo que lo que más me impresionó era la presencia de Dios. Uno no podía estar mucho tiempo con ella ni siquiera entrar en su habitación o estrecharle la mano sin sentir la presencia de Dios. No lo entendía pero lo sentía. Yo no era el único que sentía esto. Todos los que tenían contacto con ella daban este mismo testimonio. Tengo que confesar que en aquellos días muchas veces me sentía desalentado y parecía que todo salía mal. Entraba en su habitación e inmediatamente me sentía reprendido. Inmediatamente sentía que estaba cara a cara con Dios, estaba refrescado.

¿Por qué ocurría esto, esta restauración inmediata? Por supuesto, no porque sea el ministerio de algunos pocos privilegiados. El Señor quisiera que cada uno de nosotros sea así, que podamos impartir aquel poder que hará brillar a nuestros hermanos y hermanas cuando se han tiznado. Recordemos —¿me atrevo a decir esto?— que a veces el estar tiznados debilita más el impacto de la vida del cristiano sobre el mundo que sus pecados conscientes. De vez en cuando cualquiera de nosotros puede pecar, pero porque somos sensibles a eso sabemos de inmediato cuando lo hemos hecho y buscaremos y encontraremos el perdón. Pero muchas veces hemos sido tiznados por horas con el tizne del mundo y porque no es en realidad pecado permanecemos incommovibles. Es entonces que nuestro impacto para Dios sobre el mundo se trunca. ¡Cuan bueno es en tales circunstancias tener cerca a un hermano o hermana por medio de los cuales somos elevados a una comunión renovada con Dios!

•Cuáles, pues, son las reglas? Son dos. Primero, como hemos visto, no debe haber discordia alguna entre nosotros y el Señor que no sea corregida de inmediato; pues si la hay, eso nos cerraría definitivamente tal ministerio. Cualquiera sea el problema debe ser atendido de inmediato o de lo contrario será inútil. Lejos de ser una ayuda para la Iglesia de Dios he llegado a ser sólo una carga. No puedo contribuir nada; sólo puedo aumentar el débito de la vida de sus hijos. Para poder ser un contribuyente tiene que haber una claridad transparente entre Dios y mi alma sobre todas las cosas de que estamos conscientes. Entonces, libre de tal discordia, yo también puedo ser el medio para elevar a mis hermanos nuevamente a su lugar de poder contra el mundo.

En segundo lugar —y para evitar mala interpretación esto necesita ser afirmado claramente: recordemos que este ministerio de refrescar es mutuo. "Debéis lavaros los pies los unos a los otros", dijo Jesús. El que refresca debe esperar ser refrescado por otros. Muchas veces el Señor puede utilizarte a ti pero igualmente muchas veces utilizará a otro para refrescarte a ti. No existen unos pocos elegidos separados para esta tarea espiritual de refrescar, así como tampoco ninguno de nosotros está exento de caminar por este mundo o de la necesidad de ser refrescado. Al igual (pie Pedro, ninguno de nosotros tiene el derecho de decir de sí mismo: "Yo he superado esa etapa. Ahora estoy en tal contacto con Dios que no puedo ser tiznado y puedo orar y predicar sin la ayuda de tal ministerio. ¡No me laxarás los pies jamás!"

No existe ninguna clase superior de hermanos en la Iglesia que no necesitan ser refrescados. Es algo del cual todo siervo de Dios depende. Si estás empleado en un taller o en una cocina todo el día puedes muy bien necesitar ser refrescado; pero ¡algunos de nosotros que "fnios estado trabajando todo el día en iglesias también Ccesitamos ser refrescados! Nuestra necesidad de restauración es a menudo igual, aunque por cierto podemos

olvidar este hecho. Si trabajamos en una esfera secular o estamos ocupados en cosas espirituales, el mundo está a nuestro alrededor, encerrándonos. Siempre requeriremos la ayuda de algún hermano o hermana para elevarnos nuevamente a ese contacto fresco con Dios, esa renovación de poder divino.

Por tanto el principio del Cuerpo es, sencillamente, refrescando y siendo refrescados. Cuanto más avanzamos con el Señor tanto más necesitamos a los hermanos. Pues en este ministerio ninguno de nosotros es insignificante y ninguno jamás alcanza el lugar donde no necesita el ministerio de otro. Mi oración por mi mismo es que Dios me utilice de vez en cuando para refrescar el espíritu de otro cuando está fatigado y que de igual modo El, de tanto en tanto, utilice a otro para refrescar mi espíritu cansado. Si por medio de ese hermano el tizne del mundo me es quitado de modo (pie habiendo llegado cansado vuelvo renovado, entonces él me ha ministrado a Cristo.

Lo que he procurado describir en términos sencillos equivale a un frCV¹ unido contra el mundo. Esto no es poca cosa. Si creemos en esto lo suficiente como para llevarlo a la práctica, posee, estoy convencido, el poder de hacer temblar las más grandes fortalezas de Satanás. Como dijo Jesús: "Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris" (Jn. 13:17).

6

MIS LEYES EN SUS CORAZONES

En capítulos anteriores hemos estado formando un cuadro de este mundo, no como un mero lugar, ni como una raza ni tampoco como algo simplemente material sino como un sistema espiritual a la cabeza del cual está el enemigo de Dios. 'El mundo' es la obra maestra de Satanás y él utiliza toda su fuerza e ingenio para que prospere. ¿Con qué fin? Por cierto para capturar la lealtad de los hombres y atraerlos hacia sí. El tiene un objeto: establecer su propio dominio en los corazones humanos por todo el mundo. Aunque él debe saber que ese dominio puede durar por poco tiempo esta es, sin lugar a duda, su meta. Y como se aproxima el fin de la era aumentan sus esfuerzos y por ende se intensifica la angustia del pueblo de Dios. Pues como extranjeros y moradores temporarios su posición, al estar en el mundo pero ^{no} pertenecer al mundo, es incómoda. Por tanto, buscan alivio de la tensión espiritual en el alejamiento físico. ¡Cuan bueno sería escapar de este mundo completamente y estar para siempre con el Señor!

Pero es evidente que esa no es su voluntad. Como hemos visto El pidió al Padre que no quite a los suyos del mundo sino (pie los preservara del maligno. Y Pablo ^{sí} sigue la misma línea. Habiendo exhortado a los creyentes corintios a que no tengan comunión con cierta clase de pecador, inmediatamente toma medidas para que no ^{se} mal interpretado. No deben aislarse. No deben cortar sus conexiones con todos los pecadores del mundo ⁿⁱ tampoco con los que están en la categoría desierta

pues hacer eso involucraría su alejamiento total del mundo. "Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente (esto es, en forma total) con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo" (1 Co. 5:9-10).

Se entiende claramente de las palabras de Pablo que podemos por tanto, y en verdad debemos, asociarnos con el mundo hasta cierto punto, pues, ¿no es el mundo al que Dios tanto ha amado? Pero surge aquí la pregunta: ¿Hasta qué punto? ¿Hasta dónde podemos ir? Todos estaremos de acuerdo en que estamos obligados en algún punto a tocar las cosas del mundo. Pero presumiblemente hay un límite. Si nos mantenemos dentro de ese límite estamos seguros; si nos excedemos corremos el riesgo de implicarnos con Satanás.

No creo que podamos exagerar este problema, pues es un problema agudo y los peligros son reales. Si llegara el momento en que estás muy enfermo y con gran dolor y el doctor te recetara heroína o morfina, al instante estarías alerta al peligro de desarrollar un ansia por la droga. Le obedecerías y harías el tratamiento pero lo tomarías con temor y con oración pues sabes que hay un poder en la droga y también sabes que puedes caer bajo ese poder. Esto sería tanto más real si el tratamiento fuese prolongado.

Cada vez que tú y yo tenemos contacto con el mundo por medio de las cosas mundanas —y esto ocurre repetidas veces— nos sentiríamos igual que en el caso de necesitar morfina, pues hay demonios detrás de todo lo perteneciente al mundo. Del mismo modo que se me puede recetar opio como tratamiento si estoy gravemente enfermo, tengo que tomar contacto con el mundo, seguir una carrera o empleo, ganar mi sustento. Pero no sé cuánto tiempo puedo tolerar esas drogas peligrosas sin caer víctima de esa ansia por la morfina; ni tampoco sé cuántas cosas puedo comprar o cuánto dinero ganar o cuánto

íntimas pueden ser mis asociaciones profesionales o comerciales sin que lleguen a esclavizarme. Lo único que sé es que hay un poder satánico detrás de toda cosa mundana. ¡Cuan vital es por tanto que cada creyente tenga una clara revelación espiritual del mundo para poder apreciar cuan real es el peligro al cual está continuamente expuesto!

Quizá piensas que estoy exagerando. Quizá digas: O sí; esa puede ser una muy buena ilustración para un sermón pero me cuesta creer que no está exagerando el asunto. Pero cuando *veas* entonces tú dirás del mundo, así como dices acerca del opio, que hay un poder siniestro detrás de ello, un poder diseñado para seducir y captivar a los hombres. Aquellos cuyos ojos han sido realmente abiertos en cuanto al verdadero carácter del mundo encuentran que deben tocar todas las cosas que hay en él con temor y temblor, mirando siempre al Señor. Saben que en cualquier momento están propensos a ser apresados por las redes de Satanás. Así como la droga que en primera instancia es bienvenida para aliviar la enfermedad, puede luego tornarse en la causa de enfermedad, del mismo modo las cosas del mundo (que podemos legítimamente utilizar bajo la autoridad del Señor, pueden, si no prestamos atención, llegar a ser la causa de nuestra caída. Sólo los necios pueden ser descuidados en circunstancias como éstas.

¡Con razón (que miramos con envidia a Juan el Bautista! [Cuan fácil sería, pensamos, si como él podríamos simplemente apartarnos a un lugar seguro! Pero no somos como él. Nuestro Señor nos envió al mundo en sus propias pisadas, "comiendo y bebiendo". Ya que Dios ha amado de tal modo, su mandamiento para nosotros es: "Id por todo el mundo" (Mr. 16:15) para proclamar sus buenas nuevas, y ¡por supuesto ese "todo" incluye las personas con quienes debemos tener contacto diariamente!

De modo que nos enfrentamos con un serio problema aquí. Como hemos dicho, presumiblemente debe haber un límite. Presumiblemente Dios ha trazado una línea demarcatoria. Si nos mantenemos dentro de esa línea estaremos seguros; si la atravesamos nos amenaza un grave peligro. Pero, ¿dónde está esa línea? Tenemos que comer y beber, casarnos y criar hijos, comerciar y trabajar. ¿Cómo podemos hacer esto y permanecer sin contaminación? ¿Cómo podemos rozarnos libremente con los hombres y mujeres a quienes Dios ha amado tanto como para dar a su Hijo por ellos y mantenernos sin mancha del mundo?

Si nuestro Señor hubiese limitado lo que podemos comprar o vender a cierta suma mensual, ¡cuan fácil sería! Las reglas serían fáciles de seguir. Todos los que gastaran más de cierta suma por mes serían creyentes mundanos y todos los que gastaran menos serían espirituales.

Pero ya (pie nuestro Señor no ha estipulado suma alguna estamos constantemente dependiendo de El. ¿Para qué? Creo que la contestación es maravillosa: Para no estar atados por reglas, sino (pie permanezcamos todo el tiempo dentro de límites de otra especie; los límites de su vida. Si nuestro Señor nos hubiera dado una serie de reglamentos que cumplir entonces tendríamos mucho cuidado de atenernos a ellos. Sin embargo nuestra tarea es algo mucho más sencillo y llano, es decir, permanecer en el mismo Señor. Del otro modo podríamos guardar la ley. Ahora sólo necesitamos mantenernos en comunión con El. Y el gozo de esto es que, ¡con tal de (pie vivamos en contacto íntimo con Dios, su Espíritu Santo dentro de nuestros corazones siempre nos avisará cuando llegamos al límite!

Hablamos ya del reino del anticristo que ha de ser revelado. Juan en su epístola, escribiendo a sus 'hijitos' acerca del mundo y de las cosas mundanas (1 Jn. 2:15) les advierte: "Y según vosotros oísteis (pie el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos" (verso

18). Enfrentados con estos y con ese aún más insidioso "espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (4:3), ¿qué deben hacer? ¿Cómo, en su sencillez, han de saber lo (pie es verdad y lo que es falso? ¿Cómo podrán saber cuál terreno es peligroso para pisar y cuál seguro?

La respuesta que da Juan es tan sencilla que hoy día tenemos miedo de creerla. "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de (pie nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira s< j,(m ella os ha enseñado, permaneced en él" (2:20,27). Esta es por cierto una referencia al Espíritu de verdad que, como Jesús prometió a sus discípulos, convencería al mundo y les guiaría a toda verdad (Jn. 16:8,13).

En cualquier instancia debe haber límites seguros que Dios conoce y (pie no debemos traspasar. No están demarcados en i; tierra para que 1 >s veamos pero una cosa es cierta: Aqin : ic es el Consolador los ha de conocer aunque quizá Satanás también los conozca. ¿No podemos confiar en El? Si en algún punto estamos por sobrepasarlos, ¿no podemos depender de El para (pie nos lo haga saber interiormente?

En 1^ Corintios 7 el Apóstol Pablo nos ofrece más luz sobre el mismo tema: "Pero esto digo, hermanos: (pie tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa ^an como si no la tuviesen; y los (pie lloran como si no orasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen y que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque apariencia (j , (> , (e = , = J o s c . pasa. Quisiera, pues, que U^{vi}vióseis sin congoja" (versos 29-32). Aquí se mencio-
varias cosas pero el factor gobernante en todas es arante esto, que "el tiempo es corto", o como ^{lo}

traducen algunos: "ha sido abreviado" (vers. Hisp. Am.) Estamos viviendo, dice el apóstol, en días de opresión peculiar y el principio que nos debe guiar en tales momentos es: "que los que tienen... sean como si no tuviesen".

¿Se contradice Pablo?, nos preguntamos. En Efesios 5 exhorta a los esposos a amar a sus esposas con un amor tan perfecto como el de Cristo hacia la Iglesia —nada menos. ¡Sin embargo aquí les dice que vivan como si no tuviesen esposas! ¿Es posible que pretende que reconciliemos cosas tan completamente opuestas?

Corresponde señalar que tal vida paradójica es una vida que sólo los creyentes *pueden* vivir. Quizá la expresión "como si no tuviesen" nos dé la clave. Revela que se trata de algo interior, de la lealtad del corazón. En Cristo hay una liberación interior hacia Dios, no sólo un cambio exterior de conducta. Los creyentes 'tienen' y teniendo se regocijan en Efesios 5; pero no están esclavizados por lo que poseen de modo que al no tener se regocijan de igual modo en 1* Corintios 7. A pesar de todo lo que 'tienen*', están tan verdaderamente liberados en espíritu de la esclavitud del mundo que pueden vivir como "si no tuviesen".

El hombre natural vive en un extremo o el otro —ya sea teniendo y estando completamente dominado por lo que tiene, o si una persona es religiosa, despojándose de lo que tiene de tal modo que se desentiende totalmente de ello. Pero la forma de proceder del creyente es completamente diferente de la del hombre natural. El creyente soluciona el problema no por despojarse de algo sino por liberar al corazón de sus garras. La esposa "se" es quitada ni tampoco cesa el cariño por ella, sino "en" tanto ella como su esposo están librados del dominio cesivo de tal cariño. Asimismo el problema (que llevo a causar el llanto no es quitado, pero la vida ya no es "por" minada por ese problema. La causa del gozo permaneció todavía, pero hay un freno interior contra la entrega "total"

a aquello que lo causó. La compra y venta prosiguen como antes, pero una liberación interior ha **quitado** la presión que éstas ejercían. Tenemos todo, pero lo tenemos como "si no lo tuviésemos".

Hablamos a veces acerca de nuestro deseo de mantener, como Juan, el testimonio de Jesús en la tierra. Recordemos que ese testimonio está basado no sobre lo (que *nosotros* podamos decir, acerca de esto o aquello sino sobre lo que Satanás pueda decir *acerca de nosotros*. Dios nos ha colocado en el mundo y a menudo nos pone en lugares particularmente difíciles, donde estamos tentados a sentir que los del mundo tienen una vida mucho más fácil (jue las nuestras. Esto se debe a (que los creyentes son en verdad como extranjeros viviendo aquí en un elemento que por naturaleza no es suyo. Un buzo puede sumergirse en la profundidad del mar pero si no tiene la vestimenta adecuada y un tubo que le proporcione aire de la atmósfera (que le es propia, no puede permanecer allí. La presión es demasiado grande y debe respirar el aire del mundo al cual pertenece. Permanece en lo profundo mientras haya una tarea (que cumplir y siempre que se le supla el poder para vencer al elemento que lo "tenga", pero él no pertenece a ese elemento y *no tiene parte en él*.

Así es que el problema de nuestro contacto con el mundo no se soluciona por ningún cambio de acción exterior. Algunos piensan que en tiempos como los que estamos viviendo **es** una señal de espiritualidad no hacer Provisión para el futuro. Pero no es espiritualidad sino "falta" (la d. 1.º que liemos de hacer con lo que guardamos "en" la tierra cuestión que consideraremos en nuestro capítulo

Pero la Palabra de Dios aclara que debemos utilizar al mundo para comer y beber, vender mercadería, comprar y si "es" necesario también llorar; pero no dependemos de ninguna de estas cosas "total". Hemos aprendido lo (que está en todas nuestras relaciones con el mundo. No ha

de sorprendernos entonces que también hemos aprendido a caminar con cautela, siempre atentos a las suaves restricciones del Consolador.

Jesús vino "de arriba" (Jn. 8:23). El podía afirmar sin temor al desafío: "Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí" (Jn. 14:30). La línea de demarcación fue trazada no sobre la tierra a sus pies sino en su propio corazón. Pero es verdad también que todo lo que hay en este mundo que es 'de arriba' está tan seguro como El. Es como si Dios desde arriba estuviese bombeando por un tubo el aire vital, una vida que pertenece a la esfera de arriba, *por El* sustentada y provista aquí abajo. De modo que si algo es espiritual y "de Dios", no tenemos que afligirnos por ello y contender para su preservación. "Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían" (Jn. 18:36). No hay necesidad de afligirse.

Dios no se aflige acerca de nosotros sencillamente porque El no tiene ansiedad alguna acerca de su Santo Espíritu. En un sentido la vida espiritual de baja calidad es imposible pues la vida espiritual es la vida de Dios; y del mismo modo la vida espiritual sólo puede ser vencida si Dios mismo es vencido. Dios no discute acerca de este hecho. El está contento de dejarlo todo al Consolador para que El lo torne en realidad para nosotros. "Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo" (1 Jn. 4:4).

Por otra parte, el mismo versículo que nos dice que todo el mundo está bajo el maligno —¡sí, el mismo verso!— nos asegura una vez más que "somos de Dios" (1 Jn. 5:19). *¡Somos de Dios!* ¿Podríamos descubrir un hecho más bendito para contrarrestar ese otro hecho horrible? Nosotros que creemos en el nombre de Jesús no somos "engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:13). V

¡alabado sea Dios! porque somos de Dios el maligno no nos toca (1 Jn. 5:18).

Dicho sencillamente, el poder de Satanás en el mundo está en todas partes. Sin embargo dondequiera que haya hombres y mujeres andando en el Espíritu, sensibles a la unción que tienen de Dios, ese poder suyo se evapora. *Hay* una línea trazada por Dios, un límite donde por virtud de su misma presencia Satanás no puede obrar. Dejemos que Dios mismo ocupe todo el espacio y ¿qué lugar quedará para el maligno?

¿Somos pues totalmente para Dios? ¿Puede Satanás testificar de ti y de mí: "A esta persona no puedo atraerla"?"

LOS PODERES DEL SIGLO VENIDERO

¿Qué quiere dar a entender el escritor a los Hebreos cuando dice que los creyentes "gustaron de los poderes del siglo venidero" (He. 6:5)? Todos concordaríamos en que hay una espléndida era futura a la cual esperamos. Cuando esta llegue, el reino, que ahora "ha llegado a nosotros" expresado en los poderosos hechos del Espíritu de Dios (Mr. 12:28), será universalmente visible e invencible. El reino del mundo habrá llegado a ser el reino de nuestro Dios y de su Cristo (Ap. 11:15). ¿Pero qué son estos "poderes" que ahora sólo gustamos y de los cuales no podemos aún gozar plenamente? Es claro que han de ser recibidos y gozados pues la palabra "gustar" implica no sólo una doctrina (pie ha de meditar y analizarse sino algo (pie se ha de experimentar subjetivamente y (pie hemos de apropiarnos. Estos poderes son los preliminares de una gran fiesta que proseguirá mucho más pero de la cual ya probamos algo.

Podríamos enumerar una lista de cosas a las cuales la Escritura menciona como futuras. Hay una salvación (pie ha de ser revelada en los últimos tiempos (1 P. 1:5). Ha un aspecto nuevo de la vida eterna en el siglo venidero (Le. 18:30). Queda un reposo para el pueblo de Dios (He. 4:9). Habrá la resurrección y la renovación de nuestros cuerpos mortales (Ro. 8:23; 1 Co. 15:44). Un día será quitado todo lo (pie hace tropezar a los hombres (Jer. 31:9; Is. 57:14; 62:10). Llegará el día cuando todos conocerán al Señor desde el más pequeño hasta el más grande (Jer. 31:34; He. 8:11) y, en verdad, un día cuan-

do la tierra será llena del conocimiento de la gloria del Señor del mismo modo como las aguas cubren el mar (Is. 11:9; Hab. 2:14). De todas estas cosas gustamos algo ahora en Cristo pero no las vemos aún en su totalidad.

Más directamente relacionadas con nuestro presente estudio son las siguientes consideraciones. La Epístola a los Hebreos aplica a nuestro Señor Jesús las palabras del Salmo 8: "Todo lo sujetaste bajo sus pies" y luego prosigue expresando francamente lo que la experiencia nos fuerza a admitir, esto es, que "todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas" (He. 2:8). Pero junto con estas dos afirmaciones contrastantes debemos colocar también aquella de Jesús en Lucas 10:19, donde El ya da a sus discípulos "potestad... sobre toda fuerza del enemigo". Por cierto (pie esto nos promete un anticipo presente de ese día futuro (pie aún no vemos.

Otra vez y en el mismo pasaje, Jesús dice: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (10:18). Juan, en Apocalipsis 12:9, parece colocar este evento en el futuro. Sin embargo Jesús implica claramente que desde el punto de vista del testimonio de la Iglesia ya es en algún sentido un hecho presente. Aún más, en un capítulo posterior de Apocalipsis a Juan le es mostrado un día cuando Satanás ha de ser encadenado por mil años (20:1-4). Sin embargo Jesús habla del "hombre fuerte" como si ya estuviere atado, de modo (pie podamos ya entrar en su casa y saquearla (Mt. 12:29).

Estas son afirmaciones significativas; pues si poseemos la salvación y la vida eterna en el presente, y esto es así, entonces también tendríamos (pie estar gustando hoy **mi** anticipo de esos "poderes* futuros. Pues aunque no **•*** ha manifestado universalmente aún, son evidentemente fruto de la cruz y de la resurrección de Cristo que deben ser, por lo menos en principio, la posesión presente de la Iglesia.

En el eterno propósito de Dios está involucrado el hombre. "Hagamos al hombre a nuestra imagen", dijo El,

"y señoree". Dios quiso que el hombre empuñe poder, que reine y gobierne, que controle las otras cosas creadas. No podemos decir que la redención era el propósito de Dios —ni siquiera parte de ese propósito— pues el hombre no fue creado para caer y menos aún para perecer. Génesis 3 representa la historia del hombre, no el propósito de Dios para el hombre. Un obrero puede caer del quinto piso de un edificio en construcción pero ¡ese jamás fue el plan del arquitecto!

No; el plan de Dios tiene que ver con el dominio del hombre y es bueno notar la esfera especial del mismo, es decir: "toda la tierra" (Gn. 1:26). El cielo no tiene problema; el problema está en la tierra. El hombre ha sido mandado a sojuzgarla (verso 28) y nos preguntamos: ¿por qué? Si no había fuerza alguna que sojuzgar, ¿por qué había esta necesidad? Más aún, se nos dice que Dios tomó al hombre y le colocó en el Jardín de Edén para que "lo labrara y lo guardase" (2:15). Esta palabra en el hebreo significa guardar de peligro y esto también implica la proximidad de un enemigo de modo que Adán debía guardar el Paraíso de Dios manteniendo alejado al enemigo.

Es interesante notar las palabras de Génesis 1:26. El hombre ha de tener dominio "sobre toda la tierra" y la cláusula se amplía para comprender entre otras cosas "todo lo que se arrastra sobre la tierra". Pero en verdad lo primero que no pudo controlar el hombre fue algo que se arrastra, esto es, una serpiente. Y por el fracaso del hombre Satanás obtuvo, en una nueva forma en el hombre mismo, derechos legales sobre la tierra. Es verdad, que el polvo de la tierra era la esfera humilde que le fue asignada. "Sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida" (3:14). Pero ¿qué es polvo? ¡Es la substancia de la cual Adán fue hecho! De modo que el hombre en la carne está ahora moralmente sujeto a Satanás. El enemigo de Dios se ha ase-

gurado un derecho a todo lo que el hombre es y tiene por su nacimiento natural. La vida humana natural es la base aquí en la tierra de la actividad de Satanás. El mundo de Satanás surge de sus derechos sobre el hombre encontrando allí su fuerza y Dios mismo no disputa estos derechos. Satanás ha adquirido por medio de la caída de Adán un derecho total a todo lo que es de la antigua creación.

Si Satanás ha de dejar de actuar en nosotros entonces su base en nosotros le debe ser quitada. De modo que Dios enfrenta la situación en la redención no tratando directamente con Satanás sino, como hemos visto, * quitando completamente del camino toda la antigua creación —el hombre mismo, su mundo, todo— y así quitándole a Satanás su base legal. La derrota de Satanás se logra no por un golpe directo a él sino indirectamente al quitarle en la muerte de Cristo todo lo que le da el derecho moral de control. "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:6).

¡Alabado sea Dios, Satanás ya no tiene derecho alguno sobre nosotros! Pero eso es un hecho meramente negativo. Hay también lo positivo. Dios no sólo ha quitado todo lo que estorbaba su propósito eterno al quitar la antigua creación; también ha asegurado todo lo necesario para cumplir ese propósito al introducir una nueva creación —su nuevo Hombre. "Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él" (Ro. 6:9). El propósito revelado en Génesis 1 y perdido en Génesis 3 no se ha perdido para siempre. Lo que Dios no podía obtener en el primer hombre lo logró en el segundo; y ese segundo Hombre está en el trono. Con razón el escritor del Nuevo Testamento se atreve a volver a aplicar las palabras del sal-

* Ver La Vida Cristiana Normal.

mista: "¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites.-' Le coronaste de gloria y honor." De este modo cita al salmo y luego exclama: "Vemos a aquel... a Jesús, coronado" (Sal. 8:4-6; He. 2:6-9). Si la creación de la humanidad fue para suplir la necesidad de Dios, entonces esa necesidad ya ha sido suplida. Dios tiene su Hombre.

Génesis 1, el Salmo 8 y Hebreos 2 están pues íntimamente ligados. El Salmo 8 es por supuesto poesía y canta del plan de Dios para la humanidad pero lo significativo es (pie a pesar de la caída el cantor no se desvía. Sólo reafirma el plan original de Génesis 1: "Le hiciste señorear". Xo ha cambiado. No sólo comienza su cántico, sino que también lo termina, con la siguiente exclamación: "¡Cuan grande es tu nombre en toda la tierra!"

El enemigo ha hecho lo peor; el hombre ha sido enlazado hasta blasfemar a Dios y si tú o yo hubiéramos compuesto este Salmo seguramente exclamaríamos con angustia después del octavo verso: Pero, ¡lamentablemente el hombre ha caído; todo se ha perdido! No así el salmista. Es como si se hubiese olvidado completamente de la caída pues ni siquiera hace referencia a ella. Salta en el pensamiento a través de toda la historia de la redención \ vuelve a clamar: "¡Cuan grande!" Adán y Eva podían caer pero no podían alterar el propósito de Dios que el hombre eventualmente vencería el poder de Satanás. Su propósito permanece inalterable y esta grandeza ha de conocerse —¿dónde? En toda la tierra.

Ni es tampoco sólo en el Hijo del hombre (pie este propósito se cumple sino en los hijos de los hombres —esos "muchos hijos" a quienes Dios está llevando a la gloria (He. 2:10). El salmista se esfuerza por subrayar este hecho. Aunque el enemigo demuestre todo su poder, los derechos que él logró por medio de la caída pueden aún ser recuperados. Entre los hombres están aquellos (pie él no puede tocar. "De la boca de los niños y de los

que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo" (Sal. 8:2). Dios no depende de grandes líderes militares. Niños pequeños, sí, aun bebés son suficientes para aplastar las huestes de sus enemigos.

Como hemos visto. Hebreos 2 extrae su inspiración de este Salmo. Sin embargo va un paso más adelante. Mientras reafirma el propósito de Dios en la creación y la meta a la cual señala, hace más que esto. Mirando hacia atrás en forma realista sobre el curso de la negra historia del hombre caído establece ahora que el propósito de Dios en la redención y la recuperación se dirige hacia exactamente el mismo fin. En todas las nuevas circunstancias que la redención ha hecho surgir, el plan no ha cambiado. Dios no ha abandonado su meta. Más aún, desde el punto de vista del escritor, más allá del triunfo de la cruz puede con confianza reiterar la afirmación de fe del salmista. De modo que lejos de perderse todo, podemos afirmar que en Cristo el fin *ha sido* asegurado.

Sí, es todavía el mismo plan: "Nada dejó (pie no sea sujeto a él" (verso 8). Las apariencias tienden a negar esto de modo que "no vemos que todas las cosas le sean sujetas". Sin embargo, aunque esto es verdad, el escritor lo descarta y continúa triunfalmente diciendo: "Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos" (verso 9). Y entonces casi desafiante agrega: "para destruir... al diablo" (verso 14).

Nuestro Señor Jesús ha logrado aquello que debió hacer el hombre en la tierra para Dios. El gustó la muerte "por todo" (así lo implica el original griego —no sólo por todo hombre). Esto es, no fue por la redención del hombre solamente (pie El murió sino por la de toda la creación y, remontándonos más atrás, para la recuperación del propósito del Padre en deshacer completamente todo el orden satánico del mundo.

De modo que hoy la Iglesia tiene una responsabilidad definitiva ante Dios para registrar la victoria de Cristo en el territorio del diablo. Si ha de haber un testimonio a los principados y potestades, si el impacto de la soberanía de Cristo por medio de su cruz se ha de registrar en el reino espiritual, sólo podrá efectuarse en la medida que la base judicial del "pretendiente" de la raza es enfrentada, quitada y repudiada por esa misma cruz. Pues el objeto de Dios todavía es que el hombre "se enseñoree". Nuestra obra para El no cesa con la proclamación de un Evangelio que fue designado simplemente para deshacer los efectos de Génesis 3, aunque en sí una obra maravillosa. Dios desea también llevarnos más atrás de Génesis 1. El quiere que nosotros en Cristo retomemos el dominio moral sobre su enemigo que estaba allí a la vista, y así restaurarle efectivamente la tierra a El. Esto es bien cierto porque, como nos dice Pablo, "el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios" (Ro. 8:19).

El Evangelio de salvación es necesario y vital para poder suplir la necesidad del hombre. Pero si como siervos de Dios estamos trabajando sólo para otros, estamos errando la primer meta de Dios en la creación que era suplir no sólo la necesidad del hombre sino la suya propia. Pues, como ya hemos dicho, la creación del hombre fue para satisfacer la necesidad de Dios. De modo que si hoy hemos de satisfacer esa necesidad de Dios debemos avanzar un paso más y tratar con Satanás mismo. Debemos robarle su poder, expulsarlo de su territorio, saquearle sus bienes y liberar a sus cautivos —para Dios. La cuestión no es meramente: ¿Qué estamos haciendo para ganar almas? Más bien es: ¿Qué estamos haciendo en el territorio de los principados y potestades? Para esto es necesario pagar un precio.

Es posible a menudo mover a los hombres cuando es absolutamente imposible mover a Satanás. La verdad es

que cuesta mucho más lidiar con Satanás que ganar almas. Demanda un espíritu completamente dedicado a Dios que en sí mismo depriva efectivamente a Satanás de cualquier base moral que él pueda reclamar en nosotros. Esto es lo que cuesta. Dios en su amor misericordioso por los perdidos puede a menudo pasar de lado y disimular en sus siervos lo que uno podría con justicia considerar como espantosa debilidad y fracaso. Si bien puede hacer esto con el ganador de almas, en cuanto a nuestros tratos con el diablo es otra cosa completamente distinta.

Los espíritus malignos pueden ver a través del testimonio del hombre. Ellos saben cuándo está comprometido por hacerlo a medias o con falta de sinceridad. Ellos saben cuándo estamos reteniendo parte del precio. Mirándonos no se hacen ilusión alguna en cuanto a quiénes pueden desafiar o ignorar con seguridad; y a la inversa, también saben perfectamente contra quiénes son impotentes: "A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?" (Hch. 19:15). Porque creen, saben cuándo temblar. Y permítaseme decir esto: ya que nuestra tarea más importante es su derrota, es siempre mejor que tengamos el testimonio de los poderes malignos que la alabanza de los hombres.

Pero el precio de este testimonio a los principados y potestades es, repito, una fidelidad total e incondicional a Dios. Entretener nuestras propias opiniones o deseos, < preferir nuestras elecciones variadas y contrarias equivale sencillamente a presentarle al enemigo una ventaja. Es, en verdad, echar a perder el juego. En cualquier otra esfera se puede admitir quizá entre otros motivos algún interés propio sin sufrir pérdida apreciable; pero jamás, y lo repito, jamás en este asunto. Sin tal entrega total a Dios nada puede lograrse, pues sin ella podemos quizá presentar a Dios como impotente contra su enemigo.

De modo que lo digo nuevamente: la demanda es muy

alta. ¿Estamos tú y yo aquí en la tierra totalmente entregados a Dios mismo? Y por ser esto así, ¿estamos gustando ya los poderes de ese glorioso siglo venidero? ¿Estamos reclamando territorio del príncipe de este mundo para Aquél a quien por derecho le pertenece?

I

SAQUEANDO AL USURPADOR

"Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." Ya que en el eterno propósito de Dios es el hombre (y no otro ser) que ha de tener dominio, es natural y correcto que nuestra compasión se dirija hacia los pecadores. A pesar de todo lo que ya hemos dicho, es factible pensar que, en este breve período de gracia, la salvación de almas para el Salvador del mundo es quizá la mejor forma que tenemos de robarle a Satanás sus despojos. Ciertamente si el "hombre" mismo fuese nuestro tema enfatizaríamos excesivamente aquí el ganar almas.

Pero hemos hablado acerca del Evangelismo en otro lugar. * En vez de eso por tanto me propongo, al clausurar estos estudios acerca del 'mundo', tomar otra área más materialista del dominio de Satanás como una ilustración práctica del arte de "saquear al hombre fuerte" (Mt. 12:29). Me refiero a las finanzas.

El dinero está en contraposición a Dios. La Palabra de Dios dice que el dinero es "Mamón" o "injusticia" (Le. 16:9 margen). Jesús dijo: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas", pero es evidente que no ha querido describir así a las riquezas obtenidas en forma injusta. Por tanto está diciendo que las riquezas mismas son injustas. Lo que se nos presenta aquí no son los métodos injustos por los cuales es obtenida la riqueza, ni el uso injusto que se le da al dinero, *sino el carácter injusto del dinero mismo.*

Si quisiéramos poner a prueba el carácter de alguna cosa, sólo tenemos que inquirir si esa cosa nos acerca a Dios o nos aleja. El dinero invariablemente nos aleja de Dios. Jesús establece claramente en el verso 13 el principio que es imposible servir a Dios y a las riquezas (mamón) pero pienso que, aunque no tuviéramos esta declaración, la mayoría de nosotros estaríamos convencidos de que es así. Pues la experiencia nos dice que Dios y las riquezas jamás están del mismo lado; las riquezas siempre están en contra de Dios.

Por supuesto sería posible interpretar las palabras de Jesús en un sentido más amplio y ver que "mamón" representa en general todo lo que se opone a Dios. Pero el apóstol Pablo nos ayuda a puntualizar al dinero como el método que el mundo utiliza con mayor eficacia para apartarnos de Dios. "Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y pérdida; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores" (1 Ti. 6:9,10). En otras palabras, si algo puede apartarnos de Dios, será el dinero.

La esencia del mundo es dinero. Cuando tocas el dinero, tienes contacto con el mundo. Surge la pregunta: ¿Cómo podemos tomar algo que sabemos positivamente que es del mundo y sin embargo no envolvernos en el sistema del mundo? ¿Cómo podremos trabajar con dinero, eso que es tan mundano y al hacerlo no llegar a estar enlazados con Satanás? Hilando aún más fino, ya que nada puede hacerse sin que entre el dinero de por medio, ¿cómo podemos tomar dinero, que es el factor supremo que edifica el reino del anticristo, y utilizarlo para edificar el reino de Cristo?

La viuda que puso dos blancas en el arca del templo hizo algo tan aceptable al Señor que recibió su aproba-

ción especial. Lo que en realidad hizo ella fue esto: tomó algo del reino de Satanás y lo contribuyó al reino de Dios -y Jesús aprobó eso. De modo que debemos preguntarnos: ¿Cómo se efectúa tal transferencia? ¿Cómo es posible tomar dinero, que en su carácter es esencialmente injusto, y con ello edificar el reino de Dios? ¿Cómo podemos estar seguros de que toda conexión entre el mundo y el dinero de nuestros bolsillos ha sido cortada? ¿Nos atrevemos a decir que ni un centavo que poseemos figura en los libros de Satanás?

En cada *denario* romano había una imagen de César. Según dijo Jesús, todas esas monedas "son de César". ¿Cómo podía cortarse la conexión entre el César y esa moneda? El dinero es algo del mundo. Es una parte esencial del sistema del mundo. ¿Cómo puede entonces ser quitado del mundo que lo reclama y ser dedicado a Dios para que El lo utilice?

En los tiempos del Antiguo Testamento estaba establecido un principio rígido. "No se venderá ni se rescatará ninguna cosa consagrada, que alguno hubiere dedicado a Jehová; de todo lo que tuviere, de hombres y animales, y de las tierras de su posesión, todo lo consagrado será cosa santísima para Jehová" (Lv. 27:28). En otras palabras, no hay verdadera devoción sin destrucción. Si en aquellos días un cordero era dedicado a Dios, no se colocaba delante de El para permanecer allí con vida y multiplicarse; se colocaba delante de El para ser sacrificado. "Indefectiblemente ha de ser muerta" (verso 29). Su destrucción era señal de que había sido aceptada.

Todo dinero que está verdaderamente dedicado a Dios estará bajo este principio de destrucción; esto es, debe dejar de existir también en cuanto a mí mismo. Cuando nuestro Señor aprobó a la viuda porque colocó sus dos blancas en el arca, dijo que ella había puesto allí su *bios*, esto es, su vida. "Esta de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento" (Mr. 12:44). Muchas personas

sólo ponen dinero en el arca del Señor; ella puso su vida junto con su dinero. En otras palabras, cuando ese dinero dejó de pertenecerle, su vida también dejó de ser suya. Al dar sus dos monedas, dio su todo.

Si tu dinero ha de salir del mundo entonces tu vida tendrá que salir del mundo también. No puedes retenerte a ti mismo y al mismo tiempo contribuir algo significativo para Dios. No puedes de ninguna manera *enviar* tu dinero fuera del mundo; ¡sólo puedes quitarlo del mundo!

De modo que no es cosa fácil transferir el dinero del reino de Satanás al reino de Dios: requiere trabajo. Convertir almas de Satanás a Dios es en verdad más fácil que convertir el dinero de Satanás a Dios. Por la gracia de Dios los hombres y las mujeres pueden ser ganados para El aunque nosotros seamos o no completamente dedicados; pero no es así con el dinero. Requiere gran poder espiritual para convertir nuestros siclos de plata, que en su carácter son malignos, en siclos del santuario. El dinero necesita conversión al igual que el hombre; y el dinero puede, creo yo, ser hecho nuevo (en un sentido algo diferente) al igual que las almas. Pero el hecho de traer una ofrenda de dinero al arca no cambiará por sí mismo el carácter del dinero que se ofrece. A menos que tu vida vaya con tu dinero no puede ser liberado del reino de Satanás y transferido al reino de Dios. El valor espiritual de tu obra para Dios dependerá mayormente de que el dinero haya sido liberado del sistema del mundo. Yo te pregunto: ¿Ha sido liberado? ¿Puedes decir con confianza que no hay dinero en tu mano que pertenezca al mundo? ¿Puedes decir ahora que tu dinero ya no forma parte del *kosmos*, pues todo ha sido convertido? ¿Estás dispuesto a decirle a Dios: "Convertiré todo el dinero que gano en mi trabajo, y todo el dinero recibido en regalos, para que todo sea tuyo"?

Para Pablo el principio era muy claro: Nosotros queremos a ustedes mismos, no lo que es de ustedes, decía

a los corintios. De los santos de Macedonia, que de su pobreza contribuyeron con tanta liberalidad, dijo que "a sí mismos se dieron primeramente al Señor", y luego dieron su dinero (2 Co. 8:5). Pablo tuvo su escuela en el Antiguo Testamento, donde la consagración de ofrendas materiales siempre estaba ligada a la consagración de aquellos que traían las ofrendas. Sus razonamientos pueden haber tenido sus raíces allí.

Puede parecer asombroso, pero es verdad, que Dios tiene una cantidad limitada de dinero, mientras que la de Satanás es ilimitada. Te preguntas quizás cómo puede reconciliarse esta afirmación con esa otra que dice que toda la plata y el oro son suyos. Sin embargo nuestro Señor Jesús dice que hay aquello que pertenece a Dios y aquello que pertenece a César. En última instancia no cabe duda que todo lo material pertenece a Dios como creador, pero la cantidad de dinero en el arca de Dios hoy es limitada por la cantidad de personas que están dedicadas a El.

Si yo hubiese vivido en los tiempos del Antiguo Testamento podría haber calculado inmediatamente la cantidad de dinero que había en el santuario. Hubiera averiguado el número total de los hijos de Israel y sumado medio siclo de plata por la redención de cada uno de ellos (Ex. 30:11-16). A esa suma le hubiese agregado 5 siclos por cabeza por la redención de cada uno de los primogénitos de Israel además de los Levitas (Nm. 3:39-51). Y luego a estas dos cantidades hubiese agregado la valuación, de acuerdo al siclo del santuario, de cada individuo que de su propia voluntad se dedicaba al Señor (Lv. 27:1-8). Sí; es el número del pueblo de Dios que determina la cantidad del dinero de Dios. El margen de riqueza disponible en el arca se basa sobre el número de personas dedicadas a El.

He aquí, pues, una pregunta vital a la que cada uno de nosotros ha de responder: ¿El dinero que yo tengo "ov representa "siclos del santuario" o "el mamón de in-

justicia"? Cuando recibo un peso, o cuando gano un peso, debo asegurarme que ese peso se convierta instantáneamente de la moneda mundana a la del santuario. El dinero puede ser nuestra destrucción, pero el dinero puede también ser nuestra protección. No menospreciemos el dinero; su valor es demasiado real para eso. Puede ser de mucho valor para el Señor. Si tú mismo sales de corazón y alma del mundo entonces puedes, si Dios así lo desea, traer muchas cosas preciosas del mundo contigo. Cuando los israelitas salieron de Egipto trajeron mucho dinero con ellos. Saquearon a los egipcios y los despojos fueron llevados con ellos para construir el Tabernáculo. Algunos, recordemos, también fueron utilizados para construir un becerro de oro y fue perdido para Dios. Pero cuando el pueblo de Dios dejó a Egipto el Tabernáculo, por lo menos en cuanto a sus materiales, salió de Egipto con ellos. El oro, la plata, el cobre y el lino egipcio —todo fue convertido y contribuido para el santuario de Dios.

Si podemos encontrar esa realidad en tiempos del Antiguo Testamento, ¡cuánto más altos deben ser los niveles del Nuevo! La clave neo-testamentaria para toda finanza es que no retengamos nada para nosotros mismos.

"Dad, y se os dará", fueron las palabras de nuestro Señor (Le. 6:38) y no: Ahorrad y seréis enriquecidos. Esto es, el principio del aumento divino consiste en dar y no almacenar. Dios requiere que cada uno de nosotros dé proporcionalmente y no en forma casual. El desea aquella forma de dar que no es el capricho de un momento sino el fruto de un convenio definitivo que hemos hecho con El en este asunto —y nos atengamos a ese convenio.

Esto es porque el verdadero secreto para despojar a Satanás es, como hemos visto, una dedicación personal. Es completamente imposible que nosotros seamos redimidos del mundo y que, como consecuencia, no nos ofrezcamos a nosotros mismos a Dios. "No sois vuestros; porque habéis sido comprados por precio" (1 Co. 6:19,20)-

Poco importa si seguimos una profesión u oficio que nos da una entrada que es del mundo, o si nos ocupamos exclusivamente en predicar la Palabra y dependemos para nuestro sustento de las ofrendas del pueblo de Dios, pues hay un solo camino delante nuestro, no dos. Todos igualmente estamos dedicados a Dios y somos todos testigos suyos. No es verdad que la predicación del Evangelio en sí es limpia y el comercio no, de modo que aquellos que se ocupan en cosas seculares llegan a estar tan tiznados que ya no sirven para Dios. Lo que importa es sencillamente que Dios, y no nuestro negocio, sea el centro de nuestras vidas.

"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo" (1 Jn. 2:15). ¡Has sido ungido por el Santo Espíritu; vive de acuerdo a esa unción! Entrégate a Dios; vive total y completamente para El; ocúpate en lo que a ti personalmente te atañe, a que las cosas de este mundo sean borradas de los libros de Satanás y transferidas a la cuenta de Dios. Pues "el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn. 2:17).

DETRAS DEL SISTEMA, UNA MENTE

"Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:31,32).

Nuestro Señor Jesús pronunció estas palabras en un momento clave de su ministerio. Ya ha entrado en Jerusalén rodeado por una multitud entusiasta; pero casi de inmediato ha dicho en términos velados que ha de dar su vida y una voz del cielo lo ha aprobado públicamente (Jn. 12:28). Ahora hace esta doble afirmación. Nos preguntamos: ¿Qué puede haber significado para aquellos que acababan de aclamarle, que habían salido a encontrarle y le acompañaban mientras cabalgaba? Para la mayoría de ellos sus palabras, si tenían significado alguno, indicarían un vuelco completo para sus esperanzas. En verdad los que más discernían podían ver en ellas una profecía de su muerte a la manera de un criminal (verso 33).

Sin embargo si sus palabras destruyeron unas ilusiones ofrecían en su lugar una grandiosa, segura y sólida esperanza. Pues anunciaban un cambio de dominio mucho más radical que el que los mismos patriotas judíos esperaban. "Y yo..." —la expresión contrasta vivamente con su antagonista, el príncipe de este mundo. Por medio de la cruz, por la obediencia a muerte de Aquel que es el grano de trigo de Dios, el gobierno de fuerza y temor de este mundo ha de terminar con la caída de su orgulloso líder. Y por la resurrección aparecerá en su lugar un nuevo reino de Justicia que se distingue por libre alianza

de los hombres con El. Con cuerdas de amor sus corazones serán atraídos del mundo que está bajo sentencia, a Jesús el Hijo del Hombre que, aunque levantado para morir, *por ese mismo acto* es levantado para reinar.

'La tierra' es la escena de esta crisis y de sus tremendas consecuencias, y 'el mundo' es, podríamos decir, el punto de choque. Ese punto será el tema a tratar aquí y comenzaremos por considerar las ideas del Nuevo Testamento que están asociadas con la importante palabra griega *kosmos*. La palabra se traduce 'el mundo', salvo una sola excepción que veremos luego. (La otra palabra griega, *aion*, que también se traduce 'mundo' encierra la idea de tiempo y su traducción más correcta sería la era').

Será de beneficio dedicar tiempo para estudiar un buen léxico griego del Nuevo Testamento. Allí se verá cuántos son los significados que tiene *kosmos* en las Escrituras. Pero primero lo estudiaremos en sus orígenes en el griego clásico donde encontramos que originalmente significaba dos cosas: primero *un orden o arreglo armonioso* y luego *adorno u ornato*. Esta última idea aparece en el Nuevo Testamento en el verbo *kosmeo*, utilizado con la idea de adornar, como adornar el templo con hermosas piedras o como la esposa ataviada para su marido (Le. 21:5; Ap. 21:2). En 1* Pedro 3:3, la excepción mencionada más arriba, *kosmos* se traduce 'atavío' al igual que el verbo *kosmeo* en el verso 5.

Cuando dejamos a los clásicos y estudiamos los escritores del Nuevo Testamento encontramos que utilizan *kosmos* en tres sentidos principales.

1) Se utiliza primero con el sentido del *universo material, esta tierra*. Por ejemplo Hechos 17:24: "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay"; Mateo 13:35 (y también en otros lugares): "... la fundación del mundo"; Juan 1:10: "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho"; Marcos 16:15: "Id por todo el mundo".

2) En segundo lugar se utiliza *kosmos* con un doble sentido, es decir: a) Para señalar *los habitantes del mun-*

do en frases como el de Juan 1:10: "...el mundo no le conoció"; 12:19: "...el mundo se va tras él"; 17:21: "...para que el mundo crea", b) Una ampliación de este uso nos lleva a la idea de *toda la raza de hombres alienados de Dios y por tanto hostiles a la causa de Cristo*. Por ejemplo: He. 11:38: "...de los cuales el mundo no era digno"; Juan 14:17: "...al cual el mundo no puede recibir"; 14:27: "...no os la doy como el mundo la da"; 15:18: "Si el mundo os aborrece..."

3) En tercer lugar encontramos que *kosmos* se utiliza en las Escrituras para definir *asuntos mundanos*, esto es *todos los bienes mundanos, riquezas, dotes, ventajas, placeres, que aunque huecas y falaces, incitan nuestros deseos y nos seducen, alejándonos de Dios, de modo que son obstáculos a la causa de Cristo*. Como ejemplos tenemos: 1 Jn. 2:15: "...las cosas que están en el mundo"; 3:17: "...bienes de este mundo"; Mt. 16:26: "¿...si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?"; 1 Co. 7:31: "...los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen". En este caso *kosmos* se aplica no sólo a lo material sino a cosas abstractas que tienen valor espiritual y moral (o inmoral). Podemos citar 1 Co. 2:12: "el espíritu del mundo"; 3:19: "la sabiduría de este mundo"; 7:31: "la apariencia de este mundo"; Tit. 2:12: "deseos mundanos (adjetivo *kosmikos*)"; 2. P. 1:4: "la corrupción que hay en el mundo"; 2:20: "las contaminaciones del mundo"; 1 Jn. 2:16,17; "todo lo que hay en el mundo, los deseos... la vanagloria... pasa". El creyente debe "guardarse sin mancha del mundo" (Stg. 1:27).

El estudiante bíblico pronto descubrirá que, como se insinúa en el párrafo anterior, *kosmos* es una palabra favorita del apóstol Juan y es él principalmente quien nos ayuda a llegar a otra conclusión. Si bien es cierto que cada una de estas tres definiciones de 'el mundo', es decir: 1) el universo material, la tierra; 2) los habitantes de la tierra; y 3) las cosas del mundo, contribuyen algo para

formar un cuadro completo, es aparente que detrás de ellas hay algo más. La idea clásica de ordenamiento u organización nos ayuda a comprender en qué consiste. Detrás de todo lo tangible nos encontramos con algo intangible, con un sistema planeado, y en este sistema hay un funcionamiento armónico, un orden perfecto.

En cuanto a este sistema hay dos cosas que deben ser enfatizadas. Primero, que desde el día en que Adán abrió la puerta para que entre la maldad en la creación de Dios, *el mundo se ha demostrado ser hostil a Dios*. El mundo "no conoció a Dios" (1 Co. 1:21), aborreció a Cristo (Jn. 15:18) y "no puede recibir" el Espíritu de verdad (14:17). "Sus obras son malas" (Jn. 7:7) y "la amistad del mundo es enemistad contra Dios" (Stg. 4:4). Por tanto Jesús dice: "Mi reino no es de este mundo" (Jn. 18:36). El ha "vencido al mundo" (16:33) y "la victoria que ha vencido al mundo" es "nuestra fe" en El (1 Jn. 5:4). Pues, como lo afirma el versículo de Juan 12 que encabeza este estudio, el mundo está bajo condenación. La actitud de Dios hacia el mundo es inflexible.

En segundo lugar, como lo aclara este mismo versículo, esto es porque *hay una mente detrás del sistema*. Juan escribe repetidas veces del "príncipe de este mundo" (12:31; 14:30; 16:11). En su epístola lo describe como el "que está en el mundo" (1 Jn. 4:4) y lo contrasta con el Espíritu de verdad que mora en los creyentes. "El mundo entero", dice Juan "está bajo el maligno" (5:19). El es el *kosmokrator* rebelde, *esto* es, gobernador del mundo, aunque esta palabra sólo aparece una vez, utilizada en plural para describir a sus lugartenientes, los "gobernadores de las tinieblas" (Ef. 6:12).

Hay, pues, un sistema ordenado, 'el mundo', que es gobernado por un ser invisible, Satanás. Cuando en Juan 12:31 Jesús afirma que la sentencia de juicio ha sido decretada sobre este mundo no quiere decir que el mundo material ni sus habitantes han sido juzgados. Para ellos

el juicio es futuro. Lo que ha sido juzgado allí es esa institución, ese armónico orden mundano que Satanás mismo ha originado y encabeza. Y en última instancia, se desprende claramente de las palabras de Jesús que es él, "el príncipe de este mundo", quien ha sido juzgado (16:11) y que ha de ser destronado y "echado fuera" para siempre.

Las Escrituras nos dan pues una comprensión en profundidad del mundo que nos rodea. En verdad, a menos que veamos los poderes invisibles detrás de las cosas materiales caeremos muy fácilmente en el engaño.

Esta consideración puede ayudarnos a comprender mejor el pasaje de P Pedro 3 mencionado más arriba. Allí el apóstol coloca el "atavío (*kosmos*)... externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos" en contraste deliberado con "el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios". Implica, pues, que lo primero es corrupto y sin valor para Dios. Podemos estar dispuestos o no a aceptar la valuación de Pedro, si es que no discutimos el verdadero sentido de sus palabras. Esto es lo que él está diciendo: Detrás de estas cosas externas, peinados, adornos y vestidos, hay un poder que está trabajando para sus propios fines. No permitas que ese poder te atrape.

Debemos preguntarnos: ¿Cuál es el motivo que nos activa en relación con estas cosas? Puede que no sea nada sensual sino completamente inocente, procurando por el uso de tonalidad y armonía lograr un efecto estético y agradable. Puede que no haya nada intrínsecamente mal en hacer esto; pero ¿vemos tú y yo con qué estamos teniendo contacto aquí? Estamos en contacto con ese sistema armonioso que está detrás de lo que se ve, un sistema que es controlado por el enemigo de Dios. De modo que debemos tener cuidado.

La Biblia comienza con la creación por Dios de los cielos y la tierra. No dice que El creó el mundo en el sentido que estamos estudiando ahora. A través de la Bi-

blia el sentido de 'el mundo' se desarrolla y es sólo en el Nuevo Testamento (aunque quizá en pequeño grado ya en los Salmos y algunos de los Profetas) que 'el mundo' llega a tener su significado espiritual pleno. Podemos fácilmente ver la razón de este desarrollo. Antes de la caída del hombre el mundo existía en el sentido de la tierra, los habitantes de la tierra y las cosas de la tierra. Todavía no había *kosmos*, 'mundo', en el sentido de un orden constituido. Con la caída, sin embargo, Satanás trajo a esta tierra el orden que él mismo había concebido y así comenzó el sistema mundano que hemos estado considerando. Originalmente nuestra tierra física no tenía conexión alguna con 'el mundo' en este sentido de un sistema satánico, ni tampoco lo tenía el hombre; pero Satanás se aprovechó del pecado del hombre y de la puerta que así se le abrió para introducir en la tierra la organización que se había determinado establecer. Desde ese momento esta tierra estaba en 'el mundo', y el hombre estaba 'en el mundo'. De modo que podemos decir que antes de la caída había una tierra; después de la caída había un 'mundo'; cuando vuelva el Señor habrá un reino. Así como el mundo pertenece a Satanás, el reino pertenece a nuestro Señor Jesús. Más aún, es este reino que desplaza y desplazará al mundo. Cuando venga esa "piedra" cortada "no con manos" que desmenuzará la orgullosa imagen del hombre, entonces el reino de este mundo será "de nuestro Señor y de su Cristo" (Dn. 2:44,45; Ap. 11:15).

La política, la educación, la literatura, la ciencia, el arte, el derecho, el comercio, la música —tales cosas constituyen el *kosmos*, y nos enfrentamos con ellas diariamente. Si las quitamos, el mundo como sistema coherente deja de ser. Al estudiar la historia de la humanidad tenemos que admitir un progreso marcado en cada uno de estos departamentos. La pregunta que surge aquí es sin embargo: ¿En qué dirección tiende a ir este 'progreso'? ¿Cuál es la meta final de todo este desarrollo? Al final, nos dice Juan, el anticristo se levantará y pondrá su propio reino

sobre este mundo (1 Jn. 2:18,22; 4:3; 2 Jn. 7; Ap. 13). *Esa* es la dirección en que avanza este mundo. Satanás está utilizando el material del mundo, los hombres del mundo, las cosas que están en el mundo, para formar eventualmente el reino del anticristo. En ese momento el sistema mundano habrá alcanzado su cénit y entonces cada unidad que lo compone será totalmente anti-cristiana.

En el libro del Génesis no encontramos en el Edén ni una insinuación de tecnología, ni una mención de instrumentos mecánicos. Después de la caída, sin embargo, leemos que entre los hijos de Caín había un herrero, "artífice de toda obra de bronce y de hierro" (Gn. 4:22). Hace algunos siglos hubiera parecido ilógico discernir el espíritu del anticristo en instrumentos de hierro aunque hace ya mucho que la espada ha estado en abierta competencia con el arado. Pero hoy, en manos del hombre, los metales han sido utilizados para fines siniestros y mortales y a medida que se aproxime el fin el abuso universal de la tecnología y de la ingeniería será cada vez más aparente.

Lo mismo se aplica a la música y las artes. Pues el arpa y la flauta parecen haber tenido su origen en la familia de Caín, y hoy se ve cada vez con mayor claridad en manos no consagradas, su verdadera naturaleza desafiante de Dios. En muchos lugares del mundo ha sido fácil trazar una relación ínfima entre la idolatría y el arte de pintar, esculpir o de la música. Sin duda llegará el día cuando la naturaleza del anticristo se revelará aún más abiertamente que nunca por medio del canto, la danza y las artes visuales y dramáticas.

En cuanto al comercio, sus conexiones son más sospechosas aún. Satanás fue el primer comerciante, negociando ideas con Eva para su propio beneficio y en el lenguaje figurativo de Ezequiel, leemos: "En tus contrataciones has multiplicado tus riquezas; y a causa de tus riquezas se ha enaltecido tu corazón" (verso 5). Quizá esto no se preste a discusión pues la mayoría de nosotros pron-

to confirmará por experiencia el origen y naturaleza satánica del comercio. Ya hemos hablado de esto en el capítulo cuatro.

Pero ¿qué de la educación? Por supuesto, exclamamos, esto es inofensivo. De todos modos nuestros hijos tienen que recibir instrucción. Pero la educación al igual que el comercio o la tecnología es una de las cosas del mundo. Tiene sus raíces en el árbol del conocimiento. Como creyentes, ¿cómo procuramos proteger a nuestros hijos de los lazos más evidentes del mundo! Y sin embargo es verdad que *tenemos* que proveerles de una educación. ¿Cómo hemos de solucionar el problema de permitirles tener contacto con lo que es esencialmente algo del mundo y al mismo tiempo guardarlos del gran sistema mundano y sus peligros?

¿Qué de la ciencia? Eso también, es una unidad que forma parte del *kosmos*. Es también sabiduría. Cuando avanzamos en el conocimiento de las ciencias y comenzamos a especular sobre la naturaleza del mundo físico -y también del hombre— surge de inmediato esta pregunta: ¿Hasta qué punto son legítimos los descubrimientos científicos y la investigación? ¿Dónde está la línea demarcatoria entre lo que es útil y lo que daña en el reino de la sabiduría? ¿Cómo podemos avanzar en sabiduría y sin embargo evitar los lazos de Satanás?

Estos temas ya han sido considerados en los capítulos anteriores. Sé que a primera vista habrá parecido que exageré algunas cosas, pero esto ha sido necesario para enfatizar ciertos puntos. Pues, "si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15). Por último, cuando tenemos contacto con las cosas del mundo, lo que debemos preguntarnos es: ¿Cómo afecta esto a mi relación con el Padre?

Ya pasó el momento cuando necesitamos salir al encuentro del mundo para poder tener contacto con él. Hoy el mundo se acerca a nosotros. Hay una fuerza que opera ahora y que cautiva a los hombres. ¿Has sentido antes

el poder del mundo tanto como hoy? ¿Has oído antes hablar tanto de dinero.' ¿Has pensado antes tanto de la comida y el vestido? Dondequiera que vayas, aun entre creyentes, las cosas del mundo son los temas de conversación. El mundo ha avanzado hasta la misma puerta de la Iglesia y está procurando atraer a los santos de Dios a su lazo. Jamás en esta esfera de cosas hemos necesitado conocer el poder de la cruz de Cristo para librarnos como lo necesitamos ahora.

Antes hablamos mucho acerca del pecado y de la vida natural. Podíamos ver claramente allí las grandes fuerzas espirituales pero no comprendíamos entonces que esas mismas fuerzas espirituales estaban en juego cuando tomamos contacto con el mundo. Hay una fuerza espiritual detrás de este mundo que, por medio de "las cosas que están en el mundo", está procurando atrapar a los hombres en su sistema. No es meramente contra el pecado entonces que los santos de Dios tienen que estar en guardia, sino contra el gobernador de este mundo. Dios está edificando su Iglesia hasta su consumación en el reino universal de Cristo. Simultáneamente su rival está edificando este sistema mundano hasta su culminación en el reino del anticristo. ¡Cómo debemos velar, no sea **que** en algún momento estemos ayudando a Satanás en la construcción de ese malogrado reino! Cuando nos enfrentamos con alternativas y nos confronta una elección, no debemos preguntarnos: ¿Es esto bueno o malo? ¿Será de ayuda o no? No; nos debemos preguntar: ¿Es esto del mundo o de Dios? Pues ya que hay un solo conflicto en el universo se nos presentan sólo dos alternativas; la elección se reduce a esto: ¿Dios... o Satanás? Jamás podrá ser de otro modo.